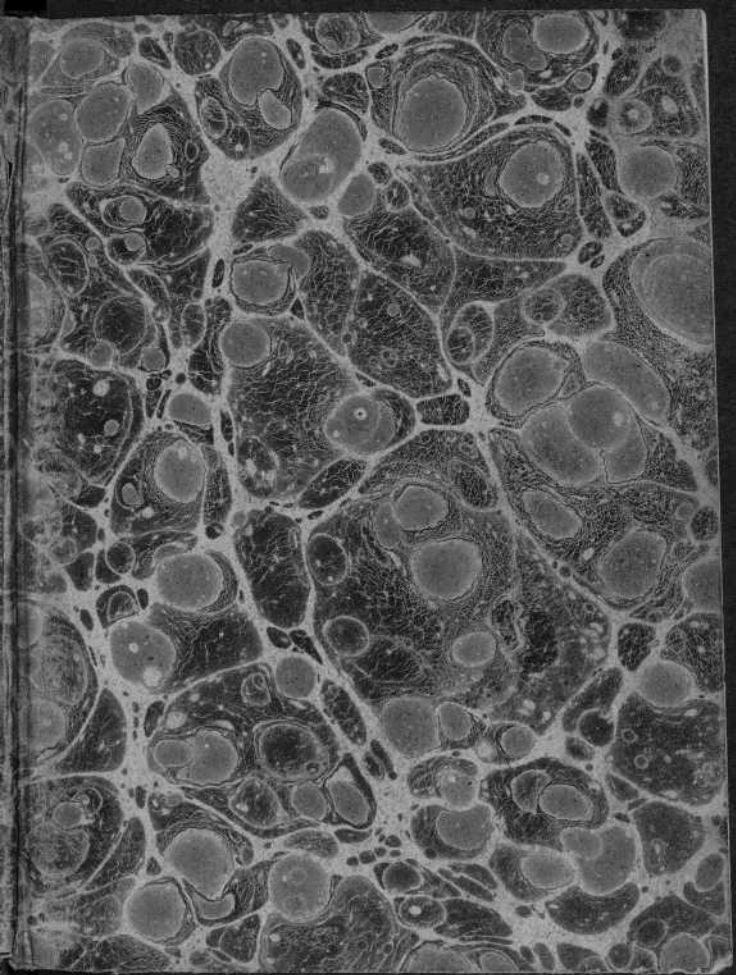


02



16402

~~955~~



210

130

PATENT

DEVEREUX.

DEVEREUX.

DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

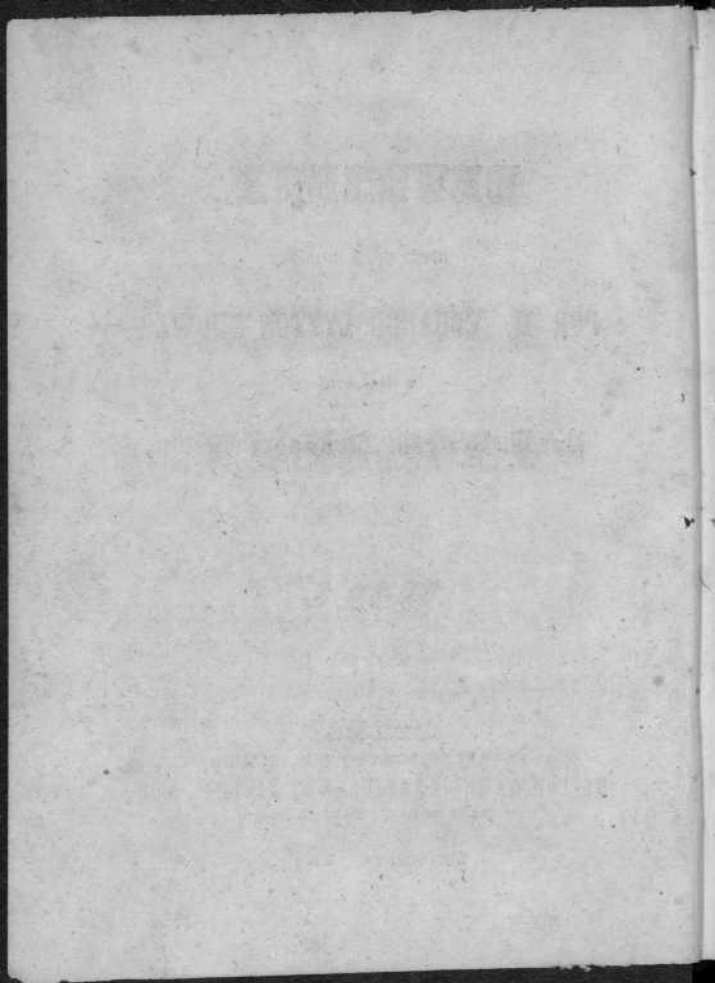
Por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

TOMO V.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

Setiembre, 1847.





DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON WULBER.

CAPITULO I.

En el cual se encuentran razones para creer que los principes no siempre estan exentos de las fragilidades humanas.

AL entrar en París mi compañero de viaje se despidió y yo me dirigí á mi casa. Luego que se calmó la primera exci-

tacion de mis pensamientos y despues de algunas reflexiones sobre el curso probable de los negocios públicos, comencé á considerar la influencia que la muerte del rey podria tener en mi propia fortuna; y de paso no pude menos de notar que para la causa del Caballero y el éxito de sus tentativas en Escocia era el acontecimiento mas fatal que podia haber ocurrido.

En mi concepto el poder vendria probablemente á parar ó á manos del duque de Orleans ó á las de los hijos legitimados del rey difunto : estos últimos como ligados estrechamente con Mme. de Maintenon, no debian hallarse muy dispuestos á favorecer al *buen* conde Devereux ; por tanto mis esperanzas se cifraban naturalmente en el primero. No me duró la incertidumbre mucho tiempo : todos saben que en el mismo dia se presentó el duque de Orleans ante el parlamento y fué pro-

clamado regente : que no se hizo caso del testamento del difunto rey ; y que el duque de Maine llegó á ser *tout à coup* tan insignificante en poder , como era despreciable en punto á talento. Siguióse un pequeño clamoreo ; el pueblo en general aprovechó la ocasion de reirse de la astucia del regente ; y los mas sagaces admiraron el valor y destreza con que llevó á cabo sus planes. La madre del regente escribió una carta de sesenta y nueve páginas sobre el asunto , y la duquesa de Maine calentó muy bien las orejas á su marido por no haber tenido el talento que ella. Todo París hizo los mas halagüeños pronósticos , y el regente , de quien poco tiempo antes se sospechaba que habia envenenado á sus primos , fué declarado el príncipe mas perfecto que podia imaginarse y el vivo retrato de Enrique IV , así en bondad como en fisonomía. Tres dias

despues de este acontecimiento me ocurrió una aventura, con la cual puede decirse que empieza mi carrera pública.

Habia pasado la tarde en una casa de un barrio apartado de París, y convidado por lo apacible de la noche, despedí el carruaje y me dirigí solo y á pie hácia mi casa. Ocupado en mis reflexiones y no muy ducho en las peligrosas y oscuras calles de París, donde era muy raro que los que tenian coche fuesen á pie, me aparté insensiblemente de la direccion que debia llevar. Cuando eché de ver esta circunstancia desagradable, me hallaba en una callejuela sucia y oscura que no me acordaba haber honrado jamás con mi presencia. Detúveme á reflexionar cuál sería el mejor camino, y mientras formaba en mi imaginacion un mapa de París por el cual dirigirme, oí un ruido confuso, procedente de una callejuela que formaba

ángulo recto con aquella en que me encontraba. Escuché; el ruido iba siendo cada vez mas perceptible; oí voces como de varias personas que disputaran fuertemente, y un momento despues gritos de mujeres. Aunque no daba grande importancia á este suceso, pensé que nada perdía con acercarme al sitio de donde procedia el ruido: volví la esquina, llegué hasta la puerta de la casa, que era muy pequeña y baja, y en aquel momento se abrió una ventana y una voz gritó:

—¡ Socorro ; socorro ! por Dios , socorro !

—¿Qué sucede? pregunté.

—Quien quiera que seais , salvadnos, exclamó la voz, y pronto; si no , vamos á ser asesinados. Un momento despues la voz cesó de repente y oí el choque de las espadas que se cruzaban.

Empujé con fuerza la puerta, llamé,

pero nadie me respondió; el ruido anterior se aumentaba por momentos; ví á la izquierda una callejuela sin salida y en ella una de las desgraciadas mujeres á quienes tales sitios sirven de habitacion.—¿No hay por donde entrar en esta casa? le pregunté.

—¡Oh! respondió, no hagais caso de lo que ahí suceda; no es la primera vez que en ella se han roto mutuamente la cabeza personas de calidad.

—¡Como! ¿es casa de mala reputacion? dije.

—Si señor: casa donde hay matones que gastan navaja y roban bolsillos, y mozas que....

—¡Justo cielo! exclamé interrumpiéndola, no hay tiempo que perder. ¿No se puede entrar sino por esa puerta?

—Si señor, si os atreveis á entrar por otra.

—¿Dónde está?

—Aquí en esta otra calle.

Inmediatamente me dirigí al sitio designado: la mujer me condujo hasta una estrecha y oscura escalera; subí un tramo y comencé á oír mas distintamente el ruido; llegué al piso segundo; hallé una puerta por cuyas rendijas se veía luz y detras de la cual se conocía que estaba el aposento donde peleaban; abrila de un empellon y se presentó á mis ojos un espectáculo á la vez burlesco y terrible.

En el centro de la estancia habia una mesa cubierta de botellas y de restos de cena; varias prendas de traje de mujer se hallaban esparcidas por el suelo; dos mujeres de trazas que demostraban claramente lo que eran, estaban avalanzadas á un hombre lujosamente vestido y que habiendo tenido la fortuna de guarecerse detras de un inmenso sillón, derribado

probablemente en la pelea, se defendía con bastante mala maña de un sayon de feroz aspecto que no podía manejar tampoco con grande habilidad su espada á causa de los esfuerzos que hacia para separar con la mano izquierda el sillón. Una vez que se entretuvo mas en esto, su antagonista le tiró una estocada con tal furia, que á no haber sido por los dos enemigos hembras que procuraban sujetarle, probablemente habria muerto ó dejado fuera de combate á su sitiador. El que así se habia fortificado tenia á sus espaldas una ventana, de lo cual deduje que era el mismo que habia solicitado mi auxilio.

Al otro extremo del cuarto habia otro caballero, que manejaba su espada con sin igual destreza, pero que estrechado de cerca por dos robustos jayanes se veia obligado á emplear su habilidad mas bien

en defenderse que en atacar. El desorden del aposento ; las botellas rotas ; el vapor denso que reinaba ; las trazas de las dos mujeres ; el desabrochado traje de los caballeros ; el aire de ferocidad de los agresores indicaban claramente que aquella era una de las partidas de placer en que los imprudentes galanes eran entregados por traidoras Dalilahs en manos de filisteos , que no contentos muchas veces con robarles , les asesinaban para no ser descubiertos.

Examinada rápida pero completamente la escena, y hecho cargo de lo que pasaba , juzgué innecesario entrar en preparatorias esplicaciones ; y así me arrojé sobre el rufian mas inmediato con tan buena voluntad, que antes de que pudiera recobrase de la sorpresa que mi súbita aparicion le habia causado, cayó en tierra atravesado de parte á parte. Esto aterró á

los otros dos que comenzaron á retirarse y á pedir cuartel.

—¡Cuartel! ¿eh? gritó el primer caballero desembarazándose de las atónitas mujeres y dando un salto por cima de su parapeto hasta el centro de la sala, ¡cuartel! ¿eh, tunantes, *ivrognes*? No ; vuestra hora es llegada, y por José de Amaritea juro que habeis de cenar con Pilatos esta noche. Esto diciendo acometió á su antiguo adversario con tanta furia, que este despues de una débil resistencia se fué retirando hasta la puerta y allí dió de repente media vuelta y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El tercero y último rufian estaba muy lejos de creerse capaz de resistir á tres ; cayó de rodillas é imploró misericordia. Sin embargo, el *ci-devant* sostenedor del sitio se mostraba muy poco dispuesto á concederle la clemencia que pedia, y aproximóse á él blan-

diendo la espada con tal aire de feroz de-
leite, y profiriendo tan terribles amenazas,
que sin duda alguna aquella habria sido la
última hora del trémulo jayan, si el otro
caballero no se hubiera interpuesto.

—Vuelve esa espada á la vaina , dijo
riéndose pero en tono un tanto imperio-
so ; ya que nos hemos puesto en el caso
de tener roce con criminales , no somos
nosotros los que debemos castigarlos. Le-
vantaos seor bribon ; el diablo quiere de-
jaros otro poco tiempo de vida, y este ca-
ballero no es capaz de desobedecer la voz
de vuestro protector infernal , que es al
mismo tiempo el suyo. Idos.

El rufian no aguardó á que se lo dijeran
dos veces para levantarse y tomar la puer-
ta. El de la espada acompañó su descen-
so por las escaleras con un puntapié que
hubiera hecho oficio de acero en otra
carne no acostumbrada á semejantes gol-

pes. Entonces el mas compasivo de los dos caballeros , volviéndose hácia las señoras que estaban escondidas detras del sillón abandonado por su víctima, les dijo con gravedad y haciendo una profunda reverencia.

—Señoras , siento el chasco que os habeis llevado. Mientras os contentasteis con robar , hubiera sido lástima interrumpir vuestra inocente diversion ; pero eso de asesinar es cosa seria. Monsieur d'Argenson os hará mañana algunas preguntas sobre este asunto. Entretanto os recomiendo el licor que queda aun en las botellas. Adios ; este caballero , á quien tanto debo, me hará el honor de darme el brazo para bajar las escaleras. Vos (volviéndose á su amigo) nos seguireis y cubrireis la retaguardia. *Allons! vive Henri Quatre!*

Mientras bajábamos la oscura y peli-

grosa escalera, mi nuevo compañero dijo.
—¡Qué excelente antídoto es el combate
contra los efectos del vino de Champaña!
Estoy como si no lo hubiera probado en
seis horas. ¿Pero qué fortuna os trajo por
aquí, caballero?

Estábamos entonces al pie del primer
tramo, y á la luz de la luna que entraba
por una alta y pequeña ventana pudimos
reconocernos mutuamente.

—La fortuna, dije mirándole fijamen-
te, pero con expresion de profundo res-
peto, la fortuna que protege á los reinos
y que espero no faltará á V. A. en ningún
tiempo ni circunstancia.

—¡Alteza! dijo mi compañero ponién-
dose colorado y mirando primero á su
amigo y luego á mí. ¡Silencio caballero!
¿con que me conocéis? Hablad bajo: ¿sa-
beis por quién habeis sacado la espada es-
ta noche?

—Si señor, esta noche la he sacado por Felipe de Orleans y espero en otra ocasion y por otra causa sacarla en favor del regente de Francia.

CAPITULO II.

El principe.—La audiencia.—La embajada secreta.

El regente guardó silencio por un momento; despues dijo en voz grave y un tanto alterada:—Muy bien, caballero, os doy gracias por la distincion que habeis hecho. No estaría demas (añadió volviéndose á su compañero) que de cuando en cuando os dignaseis vos hacer la misma distincion. Pero ni el tiempo ni el sitio son á propósito para entretenernos á hablar. Adelante, señores.

Salimos á la calle y ecbamos á andar con rapidez y en silencio, hasta que el duque, en quien el natural buen humor no tardó en recobrar su imperio, dijo riéndose.

—Es muy duro, amigo mio, que un hombre que ha estado todo el dia trabajando en obsequio del bien público, no pueda sin causar escándalo entregarse una hora ó dos por la noche á sus diversiones particulares. Pero así vá el mundo: el que una vez se muestra sério y grave siempre tiene que serlo: esta es su máxima ¿eh, Chatran?

—Esa es una gran máxima, respondió el compañero inclinándose, y tiene por objeto precavernos contra el pecado de mostrarnos serios alguna vez.

—¡ Ha! ha! teneis *un grand talent pour la morale*, mi buen Chatran, y sois capaz de sacar una regla de conducta hasta del mas perverso *bon mot* de Dubois. Caballero, me parece que os he visto en otra parte. Sois el conde....

—Devereux, monseñor.

—Cierto, he oido hablar mucho de

vos. Sois íntimo de lord Bolingbroke; ¡oh, si yo tuviese cincuenta amigos como él!...

—Si ese deseo se realizase, repuso Chatran, poco darían que hacer á V. A. los negocios de la regencia.

—Tanto mejor, así sería muy poco aborrecido y tendría menos cuidados, felicidad que gracias á vos y á Dubois no puedo ahora gozar. *Mais voilà la voiture.*

Y el duque señaló un carruaje ordinario y sin armas al cual llegamos en aquel instante.

—Conde Devereux, prosiguió el regente, entrad: en esta hora de seducciones mi deber exige que conduzca sano y salvo á su casa á un jóven de tan peligrosa edad como la vuestra.

Entramos, Chatran dió sus órdenes al cochero y echamos á andar con rapidez.

El regente talareaba una cancion y

sus dos compañeros le escuchaban en respetuoso silencio. Al fin dijo.

—Señores, de hoy en adelante creeré que los dioses miran con benignidad á los adoradores de la excelsa Venus. ¿Habeis leído á Tibulo, monsieur Devereux? ¿Os acordais de aquellos versos que dicen:

Quisquis amore tenetur, eat....?

¿Cómo sigue? Hacedme el favor de continuar.

— *tutusque sacerque
Qualibet, insidias non timuisse decet*

respondí yo.

—¡Bueno! dijo el duque, me gustan os hombres que saben pelear y hablar en latin, así como aborrezco á los que no saben mas que beber vino y manejar la

espada. Por San Luis, aunque es cosa excelente llenar el estómago, en especial de Tokay, no veo razon para que no llenemos tambien la cabeza. Pero ya hemos llegado. Adios, monsieur Devereux, ya nos veremos en palacio.

Dí las gracias al regente en pocas palabras, bajé del carruaje que inmediatamente echó á andar con celeridad, y entré en mi casa.

Dos ó tres dias despues de mi aventura, juzgué oportuno favorecer al regente con una visita. Sabido es con cuan feliz éxito combatió este príncipe contra su natural indolencia durante el primer período de su mando, y cuán constantemente dedicaba las mañanas á los cuidados de su nuevo cargo; pero cuando el placer ha llegado á hacerse costumbre, se necesita una alma mas fuerte que la de Felipe de Orleans para subordinarle al

despacho de los negocios. El placer, á imitacion del genio de la fábula, es el mas útil de los esclavos cuando se le subyuga, y el mas intolerable tirano cuando por nuestra negligencia logra dominarnos.

Las horas en que el príncipe daba audiencia á sus compañeros de placer eran las que precedian y seguian inmediatamente á la de levantarse de la cama. Estas creí yo que eran las mejores para presentarme, y así una mañana poco despues de haberse levantado el regente, me trasladé á su palacio.

La antecámara estaba llena. Sentéme en un rincon y me puse á observar tranquilamente los animados grupos que se formaban alrededor de mí. Sonréfame interiormente al recordar las escenas de mi antesala en mis primeros tiempos de prodigalidad y de fortuna: veíase allí,

aunque en mayor escala, la misma reunion heterogénea de ministros de gustos físicos y mentales; el desvergonzado y activo charlatan al lado del modesto y pacífico estudiante; el enviado de una prostituta junto al mensajero de un virtuoso eclesiástico; el agente de policia inmediato al osado infractor de sus reglamentos: ¿pero á qué estenderme mas en esta descripcion? ¿qué es la antesala de un poderoso con muchas necesidades y muchas inclinaciones diversas, sino un panorama de la diversidad de seres de que se compone el mundo?

Mientras estaba moralizando se entreabrió la puerta, y un hombre sacó la cabeza como para reconocernos. Inmediatamente la multitud se agrupó hácia aquel sitio. Yo creí que debia seguir el ejemplo general, y apartando la gente llegué hasta la puerta, y con el aire mas

gracioso que pude, dije mi nombre al que la habia entreabierto.

Este, que era bastante cortés para ser gentilhombre de un príncipe, me prometió anunciar inmediatamente mi visita, y despues haciéndome una profunda reverencia, me dió con la puerta en las narices. Al cabo de siete ú ocho minutos abrió de nuevo, me señaló entre la multitud, y me rogó que le siguiera; atravesamos otra pieza, y un momento despues me hallé en presencia del regente.

Sorprendime cuando ví á la luz de la mañana y en *deshabillé* la persona de aquel regio mártir de la disipacion. Su rostro era colorado y turgente, y sus ojos llorosos aumentaban considerablemente la deformidad de sus ajadas facciones. Su vientre, que iba adquiriendo corpulencia, daba indicios de la glotonería con que aquel príncipe libertino, grosero, y sin

embargo (cosa estraña) dotado de brillantes cualidades y buen corazon, combinaba sus demas prendas. Cuando entré se hallaba bostezando trabajosamente, inclinado sobre un gran legajo de papeles. Concluyó su bostezo como si fuera un recreo demasiado precioso para dejar de gozarlo hasta lo último, y despues dijo:— Buenos días, monsieur Devereux, me alegro de que al fin os hayais resuelto á venir á verme.

—Temia molestaros, monseñor, presentándome antes á ofreceros mis homenajes.

—Así me sucede siempre, dijo el regente volviéndose hácia un hombre que estaba sentado junto á una mesa á alguna distancia, y cuyo aire de astucia y baja-za, mirada penetrante y licenciosa expresion de lábios y cejas, indicaban desde luego la habilidad y el vicio que consti-

tuian los elementos de su carácter. Así me sucede siempre, ¿no es verdad, Dubois? Si alguna vez encuentro á un compañero agradable, que no me deshonre ni por su nacimiento ni por su reputacion, siempre teme parecer molesto; y cuando doy con algun respetable personaje sin talento, ó con algun hombre de talento sin dignidad, ese se me pega como una ladilla, y no puede vivir un dia sin venir á preguntar por mi salud.

Dubois se sonrió, hizo una reverencia, pero no respondió, y yo observé que sus miradas estaban fijas en mí.

—Veamos, prosiguió el príncipe, ¿qué pensais de nuestra ópera, conde Devereux? ¿Es mejor que la inglesa, eh?

—Ciertamente, monseñor, nuestra ópera no es mas que un reflejo de la francesa.

—Eso dice vuestro amigo Bolingbroke,

persona casi tan inteligente en óperas como yo, lo cual, sin vanidad, es decir mucho. Me alegraría poder hacer una visita á Inglaterra: ¿qué se puede aprender allí? En España (siempre me ha gustado España) aprendí el arte de cocina.

— Temo, monseñor, respondí sonriéndome, que en nuestro bárbaro país no le fuese posible á V. A. adquirir ningún conocimiento mas de los que ya tiene en ese arte. Ciertó que en los últimos años se han hecho algunas invenciones toscas é imperfectas que han causado admiración á los amantes de la ciencia gastronómica; pero sus principios y axiomas fundamentales yacen todavía envueltos en las mas espesas tinieblas. Tal vez lo único que V. A. podría encontrar digno de estudio en Inglaterra serían las mujeres.

— ¡Ah, las mujeres sobre todo! exclamó el duque riéndose; pero he oido decir

que vnestras bellas inglesas son muy sentimentales y aman *à la arcadiana*.

—En la actualidad es cierto; ¿pero quién sabe las maravillas que el ejemplo de V. A. puede producir para sacarlas del camino del error?

—Sin duda; no hay como el ejemplo, ¿eh, Dubois? ¿Qué hubiera sido Felipe de Orleans á no ser por tí?

—... *L'exemple souvent n'est qu'un miroir trompeur
Quelquesfois l'un se brise où l'autre s'est sauvé,
Et par où l'un perit, un autre est conservé,*

respondió Dubois citando el pasaje de *Cinna*.

—Tiene razon Corneille, repuso el regente: si he de hacerte justicia *mon petit abbé*, debo decir que el ejemplo influye poco en la corrupcion de las costumbres: la naturaleza aboga por la causa del placer y no necesita elocuencia; con solo mostrar á su cliente, basta.

Dubois no respondió: yo dirigí la vista á unos dibujos que habia sobre la mesa y manifesté la admiracion que me causaban: —Son míos, dijo el regente. ¡Ah! yo hubiera sido mucho mas perfecto como particular que lo que seré como hombre público.—Los negocios.... ¡oh, los negocios!... Pero, amigo, la necesidad es realmente el único soberano del mundo, el único déspota para quien no hay leyes que valgan. ¡Pero qué! ¿ya os retirais, conde Devereux?

—Monseñor, vuestra antecámara está llena de personas menos afortunadas que yo, de cuyos pecados de envidia y ambicion estoy siendo en este momento responsable.

—Ah! bien, oiremos á esos pobres diablos; el único placer que tengo es ver con cuanta facilidad puedo hacerles felices. ¡Ojalá, Dubois, que pudiese uno go-

bernar el mundo solamente con buenas palabras! Conde Devereux, hoy me habeis visitado como amigo; visitadme otra vez como pretendiente. *Bon jour, Monsieur.*

Y me retiré muy satisfecho de la acogida que habia tenido. Desde entonces, durante mi corta residencia en París, el príncipe me honró con su especial favor.

Un dia el abate Dubois me favoreció con una visita, y despues de una conversacion sobre cosas indiferentes, se expresó de este modo.

—Ya sabeis, conde Devereux, el afecto que habeis inspirado al regente, y pluguiese al cielo que este príncipe (y aquí Dubois arqueó las cejas con expresion irónica) tan bueno por naturaleza y tan pervertido por el ejemplo, hubiese con mas frecuencia puesto su estimacion en personas de vuestro mérito. Una mi-

sion hay de grande importancia y que requiere no poca habilidad ; y S. A. R. deseando daros un testimonio evidente de lo mucho que os aprecia , me honró ayer con una conferencia sobre el asunto y me comisionó para explicaros su objeto y ofreceros el honor de encargaros de ella. Si aceptais la proposicion pasareis á ver á S. A. mañana antes de la audiencia.

Despues Dubois procedió, de la manera clara y rápida que le era peculiar, á explicarme el estado de Europa.—Para Francia , dijo al concluir su descripcion, la paz es absolutamente necesaria: el tesoro agotado , el pais sin recursos exigen que mantengamos la paz á todo trance. Por lo que os he dicho conoceréis que España é Inglaterra son los principales puntos de donde podemos temer hostilidades. Nos opondremos á las pretensiones de España y procuraremos granjearnos la simpatía

de Inglaterra, lo cual no es difícil bien sea Jacobo, bien sea Jorge el que venza, pues cualquiera de ellos tendrá demasiado que hacer en lo interior para no aceptar con gusto la paz con el extranjero. En cuanto á España la política que debemos seguir es mas complicada. Temo la ambición de la reina de España y el genio turbulento de su favorito Alberoni. Debemos pues fortificarnos con nuevas alianzas en otras cortes, que nos defiendan é intimiden á nuestros enemigos. Para esto deseamos una persona de habilidad y destreza que se encargue de una misión secreta para Rusia. ¿Quereis encargaros vos? Vuestra ausencia de París será corta; vereis un país raro y un soberano mas raro todavía, y volvereis con mas ganas de ver nuestra capital y mas justos derechos á un empleo de mayor importancia. ¿Qué decís?

—Necesito, respondí, que antes de decidirme me deis mas explicaciones.

El abate entró entonces en mas pormenores que creo escusado repetir. Baste decir que despues de un breve rato de reflexion, acepté el honor que se me proponia. El abate me dió la enhorabuena, volvió á hablar de cosas indiferentes con su ordinaria grosería y ligereza, y al cabo de pocos minutos se retiró recordándome que el regente me esperaba al otro día por la mañana. Fácil era conocer que el sutil y astuto eclesiástico, cuyos manejos particulares siempre estaban combinados con las intrigas públicas, no me hacia aquella oferta sino con el objeto de gesterrarme de la intermediacion del bondadoso regente, cuyo favor aspiraba entonces á monopolizar en su provecho exclusivo. Sabia que los hombres dedicados meramente á los placeres no podrian hacer-

le sombra, ni menos los hombres puramente de negocios; pero á mí que podia atender á ambas cosas, y que era ademas apreciado por el regente, me tenia por un rival mucho mas peligroso de lo que era en realidad. Sin embargo, me importaban poco los motivos que le hubiesen obligado á hacerme la proposicion; la vida aventurera ha tenido siempre mas atractivos para mí que la vida disipada, y era mas agradable para mi ambicion granjear fama por medios honrados que por el favoritismo en una corte tan sin principios y tan groseramente licenciosa como la del regente.

El duque de Orleans me recibió por la mañana con mucha bondad, y me dió con mas negligencia y descuido que su digno preceptor nuevas instrucciones para el desempeño de mi embajada; despues me dijo que sentia en el alma que me ausen-

tase de su corte y que de todos modos antes de que saliese de París quedaba convidado á una de sus selectas cenas. Aprecié en lo que debia este honor , porque á tales cenas no asistían nunca sino los camaradas del príncipe , ó los *roués* (1) segun se complacia en llamarlos ; y como (entre nosotros), los tales camaradas eran los hombres mas inútiles del reino , no pude menos de quedar altamente satisfecho de ser juzgado digno de reunirme con ellos por un juez tan competente como Felipe de Orleans. Escusado es decir que me apresuré á aceptar el convite y que me despedí del regente teniéndole por la persona mas admirable de toda Europa.

—Debo esforzarme por agradar esta

(1) El término *roué*, que ahora tiene tanta extension , lo aplicó por primera vez el regente á cierto número de amigos suyos; segun ellos, porque se hubieran dejado enrostrar por él; segun él, porque merecian ser enrodados.

noche, dije al vestirme para ir á la cena; si no dejo el recuerdo de un *bon mot*, nadie se acordará de mí despues. Y en efecto, París es un abismo donde todo se hunde escepto la agudeza de ingenio, que sobrenada en la superficie y á la cual tiene que asirse fuertemente todo el que no quiera caer en lo profundo del olvido.

CAPITULO III.

*Esfuerzos de un principe para hacer feliz
á su pueblo.*

Era espectáculo singular la cena del regente de Francia y de sus *roués*. La reunion se componia de veinte personas contando con la mia : nueve gentiles hombres de la corte , cuatro hombres de bajo nacimiento y carácter , pero bufones admirables , y seis mujeres , como el duque las quería , chistosas , vivas , burlonas y frívolas.

Llegóse á mí Chatran y me dijo con gravedad.

—*Je suis ravi, mon cher Monsieur Devereux*, de veros en tan excelente compañía ; debeis hallaros un poco sorprendido aquí.

—Nó! todos los espectáculos son dignos por lo menos de una visita. El que va á una casa de correccion una vez es un filósofo; el que va dos veces es un pícaro.

—Gracias conde: entonces ¿qué soy yo que he estado aquí veinte veces?

—Os responderé con un cuento. Habéis de saber que una noche el alma de un jesuita, estando el cuerpo durmiendo, bajó á las regiones infernales. Atrapola Satanás é iba á consignarla en el sitio mas adecuado. El alma procuró escusarse: ya sabéis que para todo halla excusas el alma de un jesuita. Monsieur Satanás, dijo, ningun rey puede castigar á un viajero como castigaría á un súbdito suyo; y os juro por mi honor que he venido aquí meramente *en voyageur*.—Idos, pues, *mon père*, dijo el buen Satanás, y el alma voló otra vez á su cuerpo. Pero el

jesuita murió y su alma bajó de nuevo al infierno. Llevada ante S. M. Satánica dió la misma excusa.—No, no, exclamó Belcebub, el que viene una vez aquí puede ser solamente *le diable voyageur*; pero el que viene dos veces es *le diable tout bon*.

—Ha! ha! exclamó Chatran; es decir que yo soy *le diable tout bon*; gracias que no soy mas porque hay *roués* peores que el mismo diablo. Pero aquí viene el regente.

En efecto, Felipe de Orleans separándose del lado de una hermosa y *enjouée* coqueta, vino corriendo hácia nosotros.

—¡Hola Monsieur Devereux! dijo, esta noche os daremos algunas lecciones en el arte de cœcina y os mostraremos el modo de proveer al regalo de vuestro estómago en el bárbaro pais que vais á visitar. *Tout voyageur doit tout savoir*.

—Excelente máxima, respondí, y que

me induce á creer que V. A. ha viajado mucho.

—Sí, por toda clase de regiones, repuso el príncipe sonriéndose, pero, añadió bajando la voz, todavía no he sabido como fué el llegar vos tan oportunamente en nuestro auxilio la otra noche. ¡*Dieu me damne!* esto me recuerda la antigua historia de dos hermanas, que se encontraron en casa de un galan.—¡Oh hermana! ¿cómo has venido aquí? dijo la una aparentando la mas virtuosa sorpresa.—¡*Ciel, ma sœur!* exclamó la otra ¿qué te ha traído á tí?

—V. A. está de buen humor, contesté; pero bien puede uno de cuando en cuando (aunque confieso que esto sucede raras veces) ejecutar una buena accion sin haber determinado antes cometer una mala.

—Me gusta ese paréntesis, dijo el regente; me recuerda á mi amigo Saint Si-

mon que siempre piensa mal de todos. Preguntéle un dia si habia algun ser á quien despreciase mas que al hombre.— Sí, me contestó con una profunda reverencia, la mujer.

—Debe confesarse, dije yo mirando á la parte femenina de la reunion, que su experiencia podia inducirle á formar esa opinion.

—Dejaos de sarcasmos, repuso el regente. *L'amusement est un des besoins de l'homme*, segun el otro dia oí decir al jóven Arouet ; y debemos profunda gratitud á quien satisface esta necesidad. Ahora bien, no podreis menos de convenir conmigo en que nadie la satisface como las mujeres : luego les debemos gratitud, luego no debemos decir mal de ellas. Digo, me parece que esto es lógico.

—Ciertamente, y es fortuna para las mujeres tener tan buen abogado. De V. A.

puede decirse lo que dice el mote del gran maestro en fortificacion Vauban: «destruyo, pero defiende.»

—Basta, dijo alegremente el duque, vamos ahora á *nuestras fortificaciones* y se encaminó hácia donde estaban las mujeres. Yo le seguí y me encontré sentado junto á una linda y pequeñita criatura. Entramos en conversacion, y luego que esta empezó, mi hermosa interlocutora tuvo cuidado de que no cesara sino por milagro. ¡Cuántos tomos se habrian podido escribir con las palabras que salieron de aquella boquita! y sobre toda clase de asuntos que habrian sido: religion, gobierno, leyes, política, teatros, folletos satíricos, encajes, libreas, reyes, reinas, poderosos, mendigos: el que la hubiese oido se habria creido en el caos; tal era la confusion de cosas que mezcló en la conversacion.—¿No habeis cenado nunca

aquí *en famille*? dijo ; ¡*Mon Dieu!* ¡ cómo vais á divertir os viendo engullir al regente ! ¡ Qué apetito tiene ! figuraos que no prueba un bocado en todo el dia para poder comer mas en la cena. ¿ Veis aquella mujer negrucha , pequeñuela con quien está hablando ? Pues es *Mme. de Parabère*, la llama su cuervo negrito. ¿ Habéis oido nombre mas significativo ? ¿ Y sabéis porqué le gusta esa mujer ? No , no os molesteis en discurrir para adivinarlo : yo os lo diré : porque come y bebe tanto como él : *parole d'honneur*. Al regente le agrada que haya simpatía en todo , ¿ no os parece buena ocurrencia ? — ¡ Pero qué feo y que viejo es el tal Nocé ! su cara tiene todos los colores del arco iris. El desvergonzado Dubois le acusaba un dia de haber estafado no sé cuantos luises al buen regente. Nocé quería negar el hecho. No lo negueis , gritó Dubois , no podeis con-

tradecirme; las sombras de esas monedas de oro estan estampadas en vuestro rostro.

Mientras charlaba mi interlocutora, Nocé, ignorante del panegírico con que eran celebrados sus atractivos personales, se llegó á nosotros.

—¡ Ah, mi querido Nocé! dijo la hermosa dama ; qué buena cara traeis hoy! Me alegro mucho de veros.

—No lo dudo, contestó Nocé, porque tengo que daros la buena noticia de haberse accedido á vuestra solicitud ; vuestro marido se llevará el empleo.

—Oh, os estaré eternamente agradecida , exclamó la dama extasiada. ; Pobre maridito mio, y cuánto se alegrará! Quisiera tener alas para volar á decírselo.

El galante Nocé pronunció un cumplimiento ; yo me juzgué allí de mas y me retiré. De nuevo encontré á Chatran.

—He oído, me dijo, vuestra conversacion con la señora marquesa. ¡Qué lengua tiene! ¿eh?

—¡Viperina! contesté yo: ¡qué vestido ha cortado al pobre Nocé!

—Pues sin embargo es su amante.

—¡Su amante! me dejais estupefacto: ¡si parece enamorada de su marido! ¡Como que casi lloraba de ternura al hablar de él!

—Tambien ama á su marido, respondió Chatran secamente: «ama el terreno que pisa.» Precisamente por eso favorece á Nocé, porque nunca está contenta si no logra alguna cosa *pour son cher bon mari*. Suele marcharse á pasar una semana á la casa de campo de Nocé, y escribe á su marido mojando la pluma en su sangre: «Mi corazón está contigo.»

—Cierto, dije, que Francia es la tierra de los enigmas: la esfinge debió de ser pa-

risiense, y cuando Júpiter hizo al hombre, crió sin duda dos naturalezas, la naturaleza humana y la naturaleza francesa.

En aquel instante se anunció la cena: pasamos á otro aposento y observé con gran admiracion que á pesar de estar la mesa cubierta de manteles, el aparador dispuesto y los vinos prontos, en ninguna parte se veian manjares. Una tal Mme. de Savori que se hallaba á mi lado notó mi sorpresa.

—¿Qué os admira? me preguntó.

—*Nada*, señora, es decir, la ausencia de *todo*, contesté.

—¡Qué! ¿esperábais ver la cena en la mesa?

—Confieso mi ilusion.

—¡Si todavia no está compuesta!

—Entonces esperaremos.

—Y tambien ayudareis á componerla, dijo la Savori: esta noche es una de las

destinadas por el regente para guisarnos nosotros mismos la cena.

Apenas se me dió esta explicacion, pasamos á un aposento interior, donde estaban preparados todos los utensilios de cocina. El regente iba delante, y con aire de irresistible gravedad é importancia comenzó á desempeñar las funciones de *jefe*. A poco rato todos pusimos manos á la obra, y era chistoso ver con qué desembarazo manejaban casi todos la batería de cocina: no parecia sino que habian nacido para marmitones. Por mi parte imploré la proteccion de Mme. de Savori, y como afortunadamente aquella señora estaba perfectamente instruida en la ciencia cocinesca, tuvo ocasion de emplearme en pequeñeces que se figuró no estarían fuera del alcance de mi limitada comprension.

Luego que empleamos algun tiempo

en ocupacion tan digna, volvimos al comedor. Los criados colocaron los platos sobre la mesa, y los convidados nos sentamos. No sé si sería por amor propio ó por efecto de complacencia con los demas; lo cierto es que cada uno de los huéspedes del regente cenó á las mil maravillas; al verlos nadie podia figurarse que era solo aquel príncipe el que no habia probado bocado en todo el dia. Hasta la tierna esposa del *cher bon mari* que tan severamente habia censurado la glotonería de Felipe de Orleans, engullia con tal voracidad, que aun hubiera parecido extraordinaria en un hambriento granadero.

La conversacion fué insignificante hasta los postres: allí ya los efectos del vino empezaron á ser mas perceptibles. El regente fué el primero que mostró haber comido lo suficiente para poder ha-

blar. Dejando á un lado toda clase de reserva y dignidad, se apoyó sobre la mesa é hizo brotar de su boca un mar de chistes. Los convidados empezaron á creer indecoroso contenerse mas, y siguieron lo mejor que les fué posible el ejemplo de su huésped; pero los que mas divertian eran los bufones con sus gestos, sátiras y mentiras. La botella circulaba de mano en mano, la conversacion se fué animando, y al cabo de breve rato la murmuracion, la mentira y los gestos no se limitaron á los bufones; por el contrario, los mejor nacidos y mas bien educados daban golpes maestros en esta ciencia de la civilizacion. No hubo persona de buen nombre y reputacion en la corte que no fuese allí condenada, mordida y despedazada en un instante. Los buenos convidados del regente se diferenciaban de los demas destructores que he visto en lo mismo que

se distinguen los sapos de Surinam de los demas sapos, á saber; en que sus venenosos engendros no salian mal formados al mundo, sino que eran dados á luz en un estado completo de desarrollo.

—¡ Cantemos! gritó el regente, cuyos ojos chispeantes y agitados daban indicios de lo poco que le faltaba para hallarse en aquella situacion en que el mendigo es igual al rey; cantemos. Nocé, eleva tu voz y oigamos lo que el Tokay ha puesto en tu cabeza.

Nocé obedeció y cantó como cantan los hombres medio borrachos.

—¡ *O ciel!* me dijo al oido la maliciosa Savori, ¡qué horribles alaridos! Parece que su cara se ha convertido en voz.

—¡ Bravísimo! exclamó el duque luego que Nocé cesó de cantar: ¡qué felices somos! Las puertas están cerradas; nadie puede venir á incomodarnos; hay vino en

abundancia ; llevamos camino de emborracharnos ; tenemos á todo Paris por nuestro para murmurar. ¿Qué estábais diciendo del mariscal de Villars, querida Parabère ?

Y la lengüecita de la Parabère volvió á cebarse en la honra del desgraciado mariscal. Por fin la murmuracion tuvo su término, y empezó el reinado de la insensatez. Los convidados perdieron el uso de sus facultades. El estruendo, el clamoreo, el romper botellas, el derribar sillas y (doloroso es decirlo) el caer por el suelo los que las ocupaban concluyeron la escena. Corramos la cortina.

CAPITULO IV.

La entrevista.

Al salir de París hice un pequeño rodeo para visitar á lord Bolingbroke, que por aquel tiempo se hallaba en el campo. Hay algunos hombres á quienes realmente no se puede ver en las capitales: se ve la máscara con que se cubren, pero no á ellos: Bolingbroke era uno de estos. En el retiro, por breve que fuese, era donde se desarrollaba su verdadero carácter, y donde en vez de las cualidades que le hacian admirar, descubria las que le hacian amar y aun respetar. Mi visita fué de pocas horas, pero dejó indeleble impresion en mí.

—Otra vez, le dije, mientras nos paseábamos en el jardín de su casa de cam-

po, otra vez estais en vuestro elemento, primer ministro de un príncipe y principal apoyo de los grandes planes que le han de restaurar en su trono.

Una ligera sombra anubló la frente de Bolingbroke.—A vos, mi constante amigo, respondió, á vos que sois el único que me ha permanecido fiel en mi destierro y en mi desgracia, puedo confiar un secreto que no confiaría á otro. Me arrepiento ya de haber abrazado esta causa: lo hice cuando me duraba todavía la irritacion que produjo en mí una destitucion inmerecida; cuando estaba sujeto al impulso de las violentas pasiones que tantas veces me han estraviado. Yo ví entonces mi desgracia, el peligro de mis mejores amigos, la pérdida de mi partido que creí no poder salvar sino con alguna medida fuerte como la que se me presentaba; y acepté de un príncipe el rango y el poder

que tan injustamente me habia quitado otro. Ahora veo que obré con imprudencia; pero lo hecho ya no tiene remedio; ningun escrúpulo ni interés particular pueden hacerme vacilar en una causa que me he obligado á servir, y si puedo darla el triunfo se lo daré. Pero no teneis razon cuando decís que estoy en mi elemento. En la agitacion de la vida pública siempre he suspirado por el sosiego, y mientras con mas ardor me he esforzado por conseguir el objeto de mi ambicion, mas he anhelado la tranquilidad de la vida. Las pequeñas intrigas me disgustan, y cuando las ramas de mi poder se elevaban á mayor altura y se estendian mas lozanas, entonces me entristecia el considerar el miserable suelo en que semejante poder estaba condenado á echar raices y el pobre jugo de que tenia que alimentarse.

Respondí á Bolingbroke como se suels

responder á los hombres de estado que se quejan del *oficio*, contradiciéndole en parte y lisonjeándole por otro lado. Pero él me replicó con no acostumbrada seriedad.

—No creais afectacion lo que digo ; ya sabeis con cuanto anhelo aprovecho las ocasiones de descansar de las fatigas que causan los negocios de estado ; tambien sabeis con cuanta firmeza he sufrido la pérdida de la fortuna y del poder. Ahora vais á entrar en la peligrosa carrera que yo he seguido por tantos años : vuestras pasiones son fuertes como las mias ; guardaos , sí guardaos de entregaros á ellas sin restriccion, no sea que en vez de ser fuegos que calienten, se conviertan en fuegos que destruyan.

Bolingbroke se detuvo agitado y despues de un momento de silencio continuó :
—Hablo de este modo porque mi corazon está lleno de amargura. Entré muy jóven

en el mundo ; toda mi educacion se dirigió á hacerme ambicioso y lo fui. Era ambicioso de todo , de placer y de fama ; para apartarme del primero , mis amigos me persuadieron á que me casara ; me eligieron una esposa rica y bien relacionada y adquirí riquezas y relaciones á expensas de lo que vale más que unas y otras , de la felicidad. Ya sabeis cuán desgraciado fué aquel casamiento y cuán jóven era yo cuando le contraje: ¿ qué extraño que no produjese el deseado efecto? Todos me adulaban, todas las tentaciones me asaltaban: no teniendo esperanzas de paz en el seno de mi familia , el placer fuera de ella me presentó mas atractivos : la satisfaccion de una pasion hacia necesaria la de la otra , y aunque en el primer impulso mis acciones eran buenas, nunca sabia contenerlas dentro de sus justos límites. Así el principio de ellas

fué en general prudente, al paso que su continuación las convertia en extravagancias y excesos. Devereux, he pagado muy caros mis errores: cuando los motivos que me hacian obrar eran puros, los hombres han hallado faltas en mi conducta y han supuesto que mis intenciones eran vituperables; cuando mi conducta ha sido irreprochable, los hombres han recordado mis primeros desaciertos y han pretendido hallar en ella la prueba de una intencion siniestra. Así me han creido taimado cuando en realidad era temerario, y se ha tenido por efecto de la variacion de las circunstancias en que podia estribar mi interés; lo que no era sino producto de la movilidad de mis pasiones.

—Aplicad amigo mio, le dije, esa experiencia á vuestra carrera futura. Acordaos de la feliz expresion de aquel hombre que no obstante ser emperador fué el

mas sagaz de los pedantes (1). «El arrepentimiento es una diosa, protectora de los que han errado.»

— ¡Ojalá fuera para mí, respondió Bolingbroke, pero como dirían Montaigne y Charron *l'homme se pipe*. El hombre se engaña y desengaña á sí propio. Nos hacemos á nosotros mismos grandes promesas, y la pasión ó el ejemplo desvanecen hasta el recuerdo de ellas.

Así concluyó la conversacion que tuve con Bolingbroke y me separé de él lleno de melancolía.

(1) El emperador Juliano.

CAPITULO V.

Mi entrada en San Petersburgo.—Encuentro con un desconocido misterioso y pregunton.—No hay nada como el viajar.

Despues de un viaje poco notable, tuve la fria felicidad de entrar en Rusia, que ciertamente fué lo mismo que entrar en un nuevo mundo. Esperaba ver en San Petersburgo una ciudad maravillosa; pero me llevé chasco: era un maravilloso principio de ciudad, y esto es lo único que debia haber esperado. Pero creo que no habia entonces poblacion á que costase mas trabajo llegar. ¡Qué vientos! ¡qué clima! ¡qué medidas de policia! ¡qué polizontes de seis pies de altos y sin tener mas de hombres que la porquería y la ferocidad! ¡qué dilaciones! ¡qué for-

malidades vejatorias por las cuales era necesario pasar, y pasar con aire de gran satisfaccion y contento! Si San Petersburgo hubiera sido un paraiso terrenal, habrian podido perdonarse tantas dificultades; pero ¿quién habia de imaginar que fuese tan árdua tarea llegar á una ciudad al estilo holandés, con incómodos canales y el clima mas terrible en que puede helarse una criatura civilizada?—Esta es justamente la ciudad que una nacion de osos edificaría, si los osos llegaran á ser arquitectos, me dije á mí mismo al entrar en la capital del norte dando diente con diente y con mis miembros en estado de completa insensibilidad.

Delúvose por último mi carruaje en la posada, á la cual me habian dirigido. En aquel tiempo San Petersburgo tenia una circunstancia particular, y es que no se habia dado nombre á ninguna de

sus calles , y el que deseaba encontrar una casa , se veia obligado á ir preguntando las señas. Solia suceder tambien que mientras parado en medio de la calle escuchaba uno la extensa descripcion que se le hacia de los sitios á que queria dirigirse , veia convertirse rápidamente su cuerpo en témpano de hielo , á medida que la descripcion progresaba. Luego que entré en mi cuarto me deshelé y comí , me tendí á dormir : estuve durmiendo por espacio de diez y ocho horas seguidas , y aun creí milagro haber despertado.

Vestime , y acompañado de mi intérprete , que era un livonio , gran socarron , pero listo , que solia lavarse dos veces á la semana , y no se dejaba crecer la barba mas de ocho pulgadas , entré en mi carruaje con el objeto de ir á presentar mis cartas de introduccion. Tenia una para el almirante Apraxin , y debia confe-

renciar con él antes de pedir una entrevista con el emperador. Presentéme, pues, en su casa, situada en una especie de muelle, y que para San Petersburgo era magnífica. En aquel tiempo ó poco despues han vivido en el mismo barrio unos treinta oficiales de la corte, el general Jagoyinsky, el general Czernichoff, etc., y (hay casualidades que no lo parecen) el edificio mas notable de las inmediaciones es el matadero !

Al pasar por la antecámara del almirante, tuve la mortificacion de que los criados me impidiesen ir mas allá. Como al mismo tiempo entrasen dos hombres de uniforme militar, y fuesen admitidos inmediatamente, me pareció que se hacia un desaire marcado á una persona que habia ido desde tan lejanas tierras á ver á S. E., y manifesté mi indignacion al Sr. Muscotofsky, mi intérprete,

—No estais tan ricamente vestido como esos caballeros, dijo.

—¿Y esa es la razon?

—Sí señor, y pongo por testigo á San Nicolás: luego esos señores llevan dos criados corriendo delante de ellos y gritando: ¡paso, paso!

—Me vestiré, pues, mejor que ellos y tomaré otros dos correos.

—Por San Nicolás que debeis hacerlo.

Con esto me retiré á mi casa, me puse un traje de escarlata y oro, tomé dos lacayos, volví á la del almirante Apraxin, y fuí admitido á su presencia inmediatamente. ¿Quién habia de pensar que aquellos salvajes eran tan parecidos á nosotros? Está visto que las apariencias en todas partes producen realidades.

El almirante, que era un personaje muy influyente en la corte, aunque no hacia mucho que habia estado á punto

de ir á Siberia ó de sufrir el castigo del *Knout*, se mostró muy atento conmigo, pero pronto conocí que siendo favorito del Czar, queria manejarlo todo; y mi plan en aquella corte era contrario al que se suele seguir en otras muchas, donde ganar al favorito es mejor que ganar al príncipe. Por lo mismo no perdí tiempo en pedir una entrevista con el Czar y facilmente obtuve que se señalase dia para el efecto.

El dia antes de esta entrevista me divertia en recorrer la ciudad admirando su creciente grandeza y observando con especial curiosidad la fortaleza ó ciudadela, situada en una isla rodeada por la ciudad, y cuya construccion se supone que ha costado la vida á mas de cien mil hombres. Tan grandes sacrificios exige el vencer á la naturaleza.

Mientras de este modo me hallaba en-

tretenido, observé que un hombre metido en un pequeño carruaje tirado por un solo caballo, pasó junto á mi dos veces y me miró fijamente. A mí me sucede lo que á la mayor parte de mis paisanos, á quienes no les gusta que les miren con atencion; sin embargo, creí prudente en aquel pais desconocido, poner buena cara en vez de fruncir el ceño, y volví la espalda al hombre del carruaje. Llamó entonces mi atencion un espectáculo singular: dos hombres con barbas descomunales y vestidos con larguísimas túnicas, se paseaban lentamente y por cierto (sea esto dicho con respeto á sus reverendas personas) nada tenían de criaturas humanas en la apariencia. Al llegar junto á una puerta, salieron por ella de repente otros dos hombres de asombrosa estatura, armados cada uno de un par de tijeras; en menos de un segundo cayeron al suelo las

barbas de los dos paseantes y en menos de otro segundo quedaron estos despojados de sus túnicas. Nunca ví excrescencias estirpadas con mas prontitud. Los dos operadores que durante su breve ocupacion habian guardado profundo silencio, se retiraron despues un poco, y los mutilados transeuntes prosiguieron su camino con aire de mucho desconsuelo.

—¡ No hay como viajar! dije yo en alta voz sin tener presente que podian oirme.

—Cierto, dijo en inglés una voz detras de mí. Volví la cabeza y ví al hombre que tan atentamente me habia estado mirando desde su carruaje. Era alto y robusto y estaba vestido sencilla y casi pobremente con un uniforme verde con galones de oro muy estrechos y usados; juzgué que era extranjero como yo, aunque su acento y pronunciacion demostraban evidentemente que no era natural del pais

en cuyo idioma me habia dirigido la palabra.

—Es muy cierto, volvió á repetir, no hay como viajar.

—Y viajar, repuse yo cortesmente, por aquellos sitios que son poco frecuentados de viajeros. No hace mas que seis dias que estoy en San Petersburgo y hasta que he venido aquí no he tenido idea completa de la variedad de la naturaleza humana ni del poder del genio. ¿Pero me permitiréis que os pregunte qué significa el singular espectáculo de que acabamos de ser testigos?

—Oh, contestó el hombre del carruaje con una fuerte sonrisa, que dilató extraordinariamente sus lábios, nada es más digno del genio que convertir á los brutos en hombres. Tal manera de rapar la barba ya gracias al cielo apenas es necesaria; pero hace cinco años fué preciso estable-

cer puestos de barberos y sastres en muchos puntos de la ciudad para que ejerciesen como habeis visto su ministerio. Ahora raras veces se apela á esta medida; pero esos dos hombres estaban ya especialmente designados para la operacion. Por.... (y aquí el hombre del carruaje profirió un juramento inglés de aquellos que solo se oyen entre marineros y gente de la misma clase, y que me admiró no poco oirlo en las calles de San Petersburgo) desearía que fuera tan fácil desterrar todas las añejas costumbres: ¡ojalá que del mismo modo se pudiera afeitar la barba del alma! ¿eh? ¡Ha! ha!

—Pero el Czar habrá encontrado no poca dificultad en llevar á cabo aun esta reforma exterior, y á decir verdad veo todavía tantas barbas, que creo que la reforma ha sido mas bien parcial, que general.

—Ah, esas son las barbas de la gente

del pueblo. El Czar se las deja por ahora.
¿Habeis visto los muelles?

—No: entiendo muy poco de marina para tener gran interés en verlos.

—Hem! hem! ¿sois militar, tal vez?

—Espero serlo un dia ú otro; pero todavía no lo soy.

—¿Todavía no? ¡Hem! Nunca faltan ocasiones para quien quiere serlo. ¿Cuál es entonces vuestra profesion, y qué es lo que sabeis mejor?

No me agradaba demasiado el franco interrogatorio del desconocido.—Caballero, le respondí, mi profesion es no responder á preguntas, y lo que sé mejor es tener la lengua quieta.

El desconocido se echó á reir.—En efecto, dijo, eso es lo que mejor saben hacer los ingleses, pero no os enfadeis; si quereis venir á mi casa, os daré un vaso de aguardiente.

—Agradezco mucho la oferta ; pero no puedo aceptarla, porque tengo que hacer. Hasta otra vista señor mio.

—Hasta mas ver , contestó el del carruaje llevándose la mano al sombrero para responder á mi saludo.

—Por fin nos separamos , dije yo entre mí ; pero estaba equivocado. Como si la desgracia lo hiciese , me perdí al querer volver á mi casa. Mientras estaba preguntando á un artesano francés , el cual parecia muy solícito en darme las mejores señas , llegó de nuevo el pregunton del uniforme verde.—¡ Hola ! dijo , os habeis perdido , yo puedo guiaros á vuestra casa mejor que ninguno en San Petersburgo.

No creí que debia desechar la oferta ; y eché á andar á su lado. Entonces le miré mas atentamente. Ya he dicho que era fuerte y robusto ; ahora debo añadir que era gallardo y tenia modales francos, des-

embarazados y alegres como los de un marino. Sus facciones eran muy marcadas y tenían gran expresión de energía; un pequeño pero espeso bigote le cubría el labio superior y el resto de la cara estaba cuidadosamente afeitado. Su boca era grande, pero cuando estaba cerrada manifestaba aquella férrea resolución de que ninguna facción como la boca puede dar mejores indicios. Sus ojos eran grandes, rasgados y de miradas duras; y cuando se echaba atrás el sombrero (lo cual hizo muchas veces durante nuestra conversación) se descubrían entre las cejas dos profundas arrugas, muestras de la meditación ó de la irascibilidad, ó tal vez de las dos cosas. Hablaba muy deprisa, y con cierta turbación en la voz, que sin embargo nunca se comunicaba á sus maneras. Parecía conocer en efecto la ciudad perfectamente, y de tiempo en tiem-

po se paraba para decirme cuándo se había construido tal casa, adonde iba á dar tal calle, etc. Como todos los pormenores que me refería demostraban que se había conseguido un gran triunfo sobre los obstáculos naturales y aun sobre las preocupaciones nacionales, no pude menos de soltar algunas expresiones entusiastas en elogio del genio del Czar. Al oirlas, brillaron los ojos del hombre del uniforme verde.

—Bien se ve, dije, que simpatizais conmigo y que la admiracion que ese gran monarca inspira no se limita á los ingleses. ¡Cuán pequeños, comparados con él, parecen otros soberanos!: ellos arruinan los reinos, y el Czar crea uno. Toda la historia del mundo no presenta un ejemplo de triunfos tan vastos, tan importantes, tan gloriosos como han sido los suyos. ¡Cómo deben adorarle sus súbditos!

—No, dijo el desconocido con voz al-

terada y ademan pensativo, no son sus súbditos sino la posteridad la que apreciará los motivos que le han impulsado y le perdonará el haber querido hacer de Rusia un imperio de HOMBRES. La actual generacion, unas veces de grado y otras por fuerza, podrá desterrar sus mas bárbaras costumbres y sus bestiales hábitos; pero no puede aprender á discurrir de diferente modo. Estoy seguro de que la memoria de Ivan IV, que acostumbraba á matar perros para ocuparse en algo mientras llegaba la hora de rezar y para abrir el apetito mientras llegaba la hora de comer, es tan respetada y querida como lo es la persona del mismo Czar actual. A lo menos me consta que cuando se hicieron las últimas reformas, los buenos moscovitas se encogian de hombros y murmuraban: «Oh, no sucedia esto en los buenos tiempos de Ivan IV.»

—Ah, todos los pueblos son muy apegados á sus antiguas costumbres. ¿Sabeis quienes son los enemigos mas terribles que tenemos los hombres de estos tiempos? ¡Nuestros antepasados!

—Ha! ha! cierto, exclamó el desconocido; y despues de una corta pausa, dijo en un tono de seriedad que hasta entonces me habia parecido extraño á su carácter.—Debemos hacer el bien de la humanidad, impulsados por un principio interior, sin desanimarnos por la oposicion, el rencor ó la ingratitud que en lo exterior encontremos. Bastante recompensa será para Pedro I, si despues, cuando (en esta circulacion de los conocimientos por el mundo, la cual me parece que puede compararse con la circulacion de la sangre en el cuerpo humano) si despues, repito, cuando la gloria de Rusia se apoye, no en la extension de sus do-

minios, sino en la de su civilizacion, no en el número de sus habitantes embrutecidos, sino en el de sus hombres ilustrados, prósperos y libres, se considera que él fué quien puso la primera piedra para efectuar este gran cambio; se comparan sus esfuerzos con los obstáculos que se le opusieron; se le perdonan los agravios que pudo hacer á un círculo limitado de personas, en gracia del bien estar que procuró proporcionar á millones de ellas; y se olvidan las ocasiones en que no supo vencerse á sí mismo, en consideracion á los combates que sostuvo para triunfar de la costumbre, de las circunstancias y de la naturaleza.

Aquí cesó de hablar el desconocido, y sus palabras y el tono enérgico con que las pronunció causaron en mí cierta impresion. Nos hallábamos entonces á la vista de mi casa. Rogué á mi guia que en-

trase; pero sin duda el giro que habia tomado nuestra conversacion le habia dejado poco dispuesto para disfrutar de mi compañía.

—No, dijo, tengo que hacer en este momento; ya nos veremos; ¿cómo os llamis?

—Ciertamente, pensé yo, no he visto hombre menos escrupuloso para dirigir preguntas. Sin embargo, le dije mi nombre.

—¡Devereux! exclamó como sorprendido: ¡oh! bien, ya nos veremos. Hasta otro día.

CAPITULO VI.

*El Czar.—La Czarina.—Un banquete
en casa de un noble ruso.*

Al siguiente dia me puse mi mas rico traje, y con toda la pompa y ostentacion que pude me presenté en el palacio del Czar (si nombre de palacio merece la humilde morada en que aquel soberano vivia). Aunque mi mision era secreta, me sorprendió la extremada sencillez y falta de etiqueta que se observaba en la régia residencia. Aguardé unos pocos minutos en una mala antecámara en que habia varios modelos de buques, cañones y casas, y dos ó tres retratos poco notables, uno de Guillermo III de Inglaterra, y otro de lord Carmarthen, y al fin fui in-

troducido inmediatamente en la real cámara.

Solo habia en ella dos personas, una mujer y un hombre, sin oficiales ni criados, ni cortesanos, ni ningun signo exterior de magestad. La mujer era Catalina, la Czarina: el hombre era Pedro el Grande, y ademas el desconocido con quien habia hablado el dia anterior. Sorprendime un poco al conocerle; pero me esforcé en mostrar serenidad, y verdaderamente los elogios que habia hecho de su persona eran bastantes para quitarme todo temor.

—¡Hola, hola, dijo el Czar al acercarme á él con todo respeto: ¿no os decia yo que nos veríamos otra vez? Y volviéndose hácia la emperatriz me presentó á ella. Aquella mujer extraordinaria me recibió con mucha bondad, y aunque yo habia estado en la corte mas magnífica y

pomposa de Europa, confieso que no pude descubrir en la Czarina nada que indicase que habia sido criada de un ministro Luterano y mujer de un soldado sueco. Esto puede atribuirse ó á grandeza natural en ella, ó lo que es mas probable, á la transformacion que el cambio de suerte habia verificado en sus modales, pues como dice Suckling: «la Fortuna encubre toda clase de fealdades.»

Mientras yo estaba haciendo mis saludos, la Czarina se levantó con gran solemnidad, y vino á ofrecermé por su propia mano, y no sin gran sorpresa mia, un vaso bastante regular lleno de aguardiente seco. No hay cosa en el mundo que yo mas deteste que el aguardiente; sin embargo, tragué la pocion como si hubiera sido nectar, y aun alabé sus propiedades en un buen discurso que la Czarina no dió muestras de entender muy bien.

Siguieron luego algunas observaciones preliminares, y despues pasé á tratar del asunto de mi embajada con el Czar. La Czarina entre tanto se sentó á alguna distancia; pero estaba escuchando muy atenta la conversacion. No pudo menos de sorprenderme entonces la gran penetracion de mi régio huésped: no habia esperanza de deslumbrarle con subterfugios diplomáticos; el único medio de engañar á aquel hombre extraordinario era poner en movimiento sus pasiones. Hice recaer con maña la conversacion sobre Suecia y sobre Carlos XII. El odio á una potencia, dije entre mí, debe engendrar cariño á otra, y si lo engendra, el efecto será muy poderoso, porque la causa lo es. Mientras hablábamos de este asunto, observé una convulsion terrible en el rostro del Czar, tan terrible, que involuntariamente volví la vista á otro lado; y fué

fortuna que tal hiciese , pues nada le irritaba mas que notar que le observaban aquellas contorsiones, á que desde su juventud habia estado sujeto.

Despues de haber hablado con el Czar tan largamente como me lo permitió el decoro , me levanté para retirarme. S. M. me despidió con mucho agasajo.—Entré en mi elegante carruaje y volví á casa por el camino mas corto.

Dos ó tres dias despues fui convidado por órden del Czar á un gran banquete en casa del almirante Apraxin. Asistí , y pronto entablé conversacion con un chistoso hombrecillo , ministro de Holanda y gran favorito del emperador. El almirante y su mujer , antes de que nos sentáramos á la mesa, distribuyeron á cada uno de los convidados un plato con un vaso de aguardiente.

—¡Qué detestable costumbre! me dijo

al oído el ministro de Holanda, paladeando sin embargo el licor con aire de satisfacción.

—¡Bah! contesté yo prudentemente, todos los países tienen sus costumbres. Hace algunos siglos un viajero francés se hubiera horrorizado al ver á los ingleses comer ostras crudas; pero los ingleses tenían razón en comerlas, y tal vez dentro de poco, tales son los progresos de la civilización, pensaremos que los rusos hacen muy bien en beber aguardiente. Mas si he de hablar con franqueza, añadí después que nos hubimos sentado á la mesa, me encontre agradablemente sorprendido aquí. Todos los convidados están vestidos como mis paisanos, reina en todas partes el mayor decoro, y si hiciese menos frío, me creería en Londres ó en París.

—Esperad, dijo el diminuto holandés

con la boca llena de gelatina ; cuando les oigais hablar juzgareis. ¿Qué pensais que dice esta señora que está á mi lado?

—No puedo adivinarlo, pero su sonrisa es tan graciosa y su aire tan amable, que me atrevo á decir que está pidiendo algun favor ó dando gracias por alguna merced recibida.

—Exactamente, repuso el ministro, y voy á serviros de intérprete. Está diciendo á aquel anciano:—Os doy las mas expresivas gracias por la deliciosa embriaguez que nos hicisteis cojer el dia pasado en vuestro suntuoso banquete.

—Teneis chiste, caballero, dije sonriéndome, *si non é vero, é ben trovato.*

—Os afirmo por mi honor que es verdad, exclamó el holandés ; pero chiton, ahora van á partir ese pastel.

Dirigí la vista al centro de la mesa que estaba adornado con un enorme pastelon,

Abrióronle inmediatamente por medio y salió de él un horroroso enano.

—¿Van á comérsele? pregunté.

—¡Ha! ha! dijo el holandés riéndose; no, esa es una de las gracias que gustan mucho al Czar, y el almirante las dispone por agradarle. Mirad como se rien los tontos de los rusos.

—En efecto, repuse, los chistes prácticos son los únicos de que entienden los salvajes.

—Sí, y si no fuera por algunos de estos chistes que se le ocurren al Czar de cuando en cuando, S. M. sería el hombre mas aborrecido de Rusia; pero los pasteles de enanos y las procesiones de mogi-ganga casi hacen olvidar á sus súbditos que les ha cortado las barbas y los vestidos.

—¿Le agradan al Czar esas procesiones?

—¡Que si le agradan! y aquí el hombre-
cillo bajó la voz y se acercó á mi oído. Es
el mayor bufon que ha nacido de madre.
Os contaré un caso: (entre paréntesis, ¿os
gustan estos vinos de Hungría). Pues se-
ñor, el 9 de junio último nos llevó el Czar,
á mí y á media docena de ministros ex-
tranjeros, á su casa de campo de Peter-
hoff. Comimos como de costumbre; em-
pezamos á embriagarnos con tokay, y
concluimos con media azumbre de aguar-
diente cada uno, servida por la propia
mano de S. M. Lleváronnos á dormir,
unos al jardín, otros al parque. Nos des-
pertaron á las cuatro cuando todavía nos
duraban los vapores de la bebida; nos
condujeron á la casa de campo, donde
hallamos al Czar que nos hizo una pro-
funda reverencia y nos dió una hacha á
cada uno con órden de seguirle. Salimos
afuera dando traspieses, entramos en un

bosque é inmediatamente nos pusieron á trabajar para abrir un camino. ¡Famosa tarea para individuos del cuerpo diplomático, y sobre todo para mí, que como veis no soy muy delgado! Tres horas estuvimos trabajando; volvimos, nos emborracharon de nuevo; nos llevaron á la cama; nos despertaron al cabo de una hora; nos volvieron á emborrachar y no siendo ya humanamente posible despertarnos otra vez, nos dejaron dormir hasta la mañana siguiente. A la mañana siguiente nos llamaron para almorzar; ¡teníamos un dolor de cabeza! Hubiéramos dado cualquier cosa por una taza de café; pero no encontramos mas que aguardiente. Preciso nos fué beber y volvimos á ponernos como cubas. Despues nos enviaron á dar un paseo en los mas endiablados caballos, sin silla ni freno: todo se volvia trotar, trotar, trotar delante de

las ventanas del Czar , que nos estaba mirando acompañado de la Czarina. Os aseguro que perdí mas de una arroba de peso en aquella cabalgata , mas de una arroba , amigo mio ! Volvimos á comer y nos embriagaron otra vez ; luego borrachos y todo nos trasladaron á un barco : ¡ diablo de tormenta que se levantó ! El Czar se puso al timon ; la Czarina se refugió en los bancos del camarote que estaba lleno de agua , las olas nos balanceaban furiosamente ; los vientos jugaban con nosotros á la pelota ; teníamos por cierta la muerte ; ¡ magnífica perspectiva ! Así estuvimos por espacio de siete horas hasta que por fin llegamos al puerto de Cronsfloot. Allí nos dejó el Czar diciéndonos : ¡ qué broma ! ¡ qué broma hemos corrido , señores ! ¿ eh ? ¿ qué tal ? Desembarcamos mojados como tiburones , encendimos lumbré y nos quedamos en cueros (¡ Un em-

bajador de Holanda en cueros!); nos cubrimos con toldos de trineos y á la mañana siguiente nos levantamos con tercianas. Como os lo digo, con tercianas; á mí me duraron dos meses. En agosto volví á ver al Czar:—¡Qué divertida excursion hicimos á Peterhoff! dijo S. M.; hemos de emprender pronto otra espedicion por el estilo.

Mientras el holandés me refería esta historieta, no se olvidaba de los vinos de Hungria; y como Baco y Venus son parientes inmediatos, empezó á hablarme de mujeres.

—¿Qué pensais de estas? me dijo: á mí me parecen hechiceras.

—Lo son en efecto, respondí; pero he advertido que todas tienen los dientes negros: ¿podreis decirme cuál es la causa?

—Lo creen una perfeccion, y dicen que el tener los dientes blancos es de africanos.

Aquí dirigieron por otro lado la palabra al holandés, y nuestra conversacion cesó por entonces. Terminado el banquete, los convidados no se quedaron sentados por mucho tiempo, para lo cual habia una razon muy poderosa, y es que el aguardiente final exigia una posicion todavía mas cómoda. Tuve la satisfaccion de verlos á todos debajo de la mesa, y sin haberse hecho daño en la caida. El holandés cayó el primero, y yo aprovechando una ocasion en que nadie se acordaba de mí, me retiré á mi casa, mas edificado que contento de los banquetes rusos.

CAPITULO VII.

Conversaciones con el Czar.—Si Cromwell fuè el hombre mas grande (esceptuando à Cesar) que se elevó al poder supremo, Pedro fuè el mas grande que nació para el trono.

Fué cosa singular que se verificára mi introduccion con Pedro el Grande y con Felipe el *piadoso* en circunstancias tan semejantes, como que ambos personajes al encontrarlos por primera vez hacian el pàpel de súbditos y no el de príncipes. Pero no hay una prueba mas patente del contraste que formaba el carácter del uno con el del otro, que los diferentes motivos que los inducian á disfrazarse.

A Felipe le encontré en una escena de disolucion, ocultando el Júpiter bajo

la máscara del Sileno, disfrazándose solo por entregarse con mas libertad al vicio.

A Pedro por el contrario, le hallé abandonando la magestad solo para velar con mejor éxito por los intereses del pueblo, dejando de presidir solo para examinar, y transformándose en súbdito para aprender mejor los deberes de príncipe. Si tuviera lugar para ello me dentendria á señalar con todos sus pormenores el notable contraste que hay, no entre el Czar y el regente, sino entre Pedro el Grande y *Louis le grand*, ambos autores de una nueva era, ambos origen de un gran cambio en la condicion de dos poderosos imperios. Aquí cesa la semejanza y empieza el contraste entre la tosca sencillez de Pedro y la esplendente magnificencia de Luis; entre la dureza de un legislador de bárbaros y la clemencia de un ídolo de cortesanos. De un la-

do tenemos al victorioso defensor de su país con victorias sólidas, duraderas y justas; de otro al conquistador y asolador de un pueblo vecino, con victorias brillantes, pero vanas y deshonrosas. El uno en la paz despreciando el fausto, la pompa, los honores personales, y convirtiendo un país salvaje en un imperio; el otro envuelto en ceremonias y en ostentación, y consumiendo la riqueza de millones de individuos solo por satisfacer su hinchada vanidad. El uno es una llama que arde sin iluminar mas que un estrecho círculo, y cuyo resplandor se mantiene con lo que destruye y consume; el otro es una luminaria, cuya luz, aunque no de rayos tan vivos, se extiende por todo el mundo y se hace notar, no por lo que destruye, sino por lo que crea y vivifica.

No es elogiarme, antes es todo lo con-

trario, decir que al paso que me parecieron naturales las atenciones que el regente de Francia tuvo conmigo, me sorprendió no poco el favor del Czar. En París *parecia* yo un hombre disipado, y esto era bastante para agradar á Felipe de Orleans; pero en Rusia ¿qué podia yo parecer que pudiese agradar á Pedro? Yo ni habia aprendido á construir buques ni á dirigirlos, ni sabia, y lo que es peor, ni me cuidaba de saber lo que era timon ni lo que era popa; la mecánica era para mí un misterio, y el hacer caminos una ciencia desconocida; ni podia beber mucho aguardiente ni adoptar maneras bruscas ni familiares. ¿Qué fué pues lo que indujo al Czar á tener conmigo por lo menos dos conferencias particulares cada semana, y á procurar emborracharme con tokay para saber (como él mismo confesó incautamente una noche) los se-

cretos que guardaba mi corazón? Al principio creí que en la naturaleza de mi embajada estaba la solución del enigma; pero hablamos tan poco del objeto de ella, que á pesar de toda mi reciente vanidad diplomática, no pude menos de pensar que debía los honores que me prodigaba el Czar, menos á mis prendas como embajador, que á mis cualidades personales.

Sin embargo, al fin llegué á saber que el secreto del atractivo que encontraba el Czar en mi conversacion, era el giro filosófico que siempre tomaban nuestras conferencias. No he conocido hombre mas aficionado á problemas morales é investigaciones metafísicas, y especialmente á los relativos á la ciencia que debe ser el principio y el fin de todas las ciencias morales, es decir, á la política. Algunas veces nos paseábamos disfrazados y elegíamos algun objeto de los que veíamos

por discurrir sobre él, y ni aun entonces permitia el Czar que concediese á su autoridad lo que no me sentia dispuesto á conceder á sus argumentos. Recuerdo que un dia me detuvo en la calle y me hizo que lo acompañase para ver á dos hombres que iban á sufrir el terrible castigo del *battaog* (1). El uno era aleman y el otro ruso; el primero daba gritos horribles, se escapaba de las manos de sus verdugos, y con la mayor dificultad pudo sujetársele al castigo; el segundo por el contrario le sufrió con paciencia y silencio; solo habló una vez, y fué para decir: ¡Dios bendiga al Czar!

—¿Cómo puede V. M. oír á ese hombre y no perdonarle? dije con calor luego que el Czar me interpretó estas palabras.

Pedro frunció el ceño; pero yo no

(1) Castigo de azotes, pero menos horroroso que el *Knout*.

me intimidé por eso.—No conoceis á los rusos, dijo con aspereza, y volvió la cara á otro lado. Terminado el castigo mandó á un oficial que preguntase al aleman cuál habia sido su falta. El aleman que estaba haciendo mil contorsiones y gritando horriblemente, profirió algunas palabras violentas contra la injusticia de la pena que se le habia impuesto, y afirmó que su falta era muy leve.

—Ahora preguntad al ruso, dijo Pedro.—Mi castigo ha sido justo, respondió el ruso poniéndose los vestidos como si nada le hubiera pasado; Dios y el Czar estaban irritados conmigo.

—Retirémonos, conde, dijo el Czar; y ahora resolvedme un problema: conozco á esos dos hombres, y el aleman en una batalla sería el mas valiente de los dos. ¿En qué consiste que ahora llora como una mujer, mientras el ruso sufre

el mismo castigo sin murmurar?

—Perdóneme V. M., dije; pero yo hubiera querido que el ruso se hubiese quejado mas amargamente. El ser insensible al castigo es señal de bruto, no de héroe. El alemán sentia la infamia, y el ruso no; y ese mismo orgullo que subleva al hombre contra la pena del *battaog*, es precisamente el que produce el valor en la batalla. El honor hace mejores soldados y mejores hombres que la insensibilidad.

—Pero si yo hubiese mandado dar muerte al ruso, este la habria sufrido con la misma indiferencia y habria dicho del mismo modo: «es justo, he ofendido á Dios y al Czar.»

—Me atreveré á observar, señor, que ese hecho es una prueba palpable de la falsedad de aquella antigua y peligrosa máxima que supone que el recibir la muerte con indiferencia es virtud. Con-

fieso que en algunos individuos puede serlo; pero como rasgo del carácter nacional es la señal mas grande de miseria y degradacion. Recorred el mapa del globo. ¿Cuáles son los países, cuyos habitantes sufren la muerte con alegría ó á lo menos con indiferencia? ¿Son los mas civilizados, los mas libres, los mas prósperos? No, señor; son los hambrientos, desnudos y embrutecidos hijos de los bosques y desiertos, ó los que á pesar de estar reunidos en naciones, son esclavos sin goce alguno ni esperanza de tenerlo; y la razon de no temer la muerte es que no conocen los placeres y el verdadero objeto de la vida.

—Sin embargo, dijo el Czar pensativo, el desprecio de la vida era el rasgo característico de los espartanos.

—Y por tanto, la mayor prueba de que los espartanos no eran mas que una

horda miserable, repuse yo. V. M. admira á Inglaterra y á los ingleses, y si, como creo ha visto alguna ejecucion en aquel pais, habrá observado que el reo, aun cuando reciba los consuelos de la religion, se estremece, tiembla y parece aniquilado ante el espectáculo del cadalso que le aguarda. Observad ahora la ejecucion del mas vil esclavo, sea del emperador de Marruecos ó del gran Czar de Rusia y vereis que ni necesita consuelos, ni la perspectiva de la muerte le hace mudar de color, ni los tormentos le arrancan un grito. ¿Qué se infiere de aqui? Que los esclavos temen la muerte menos que los libres. Y así debe ser porque el fin de la legislacion es hacer apetecible, no la muerte, sino la vida.

—Habeis ilustrado la materia considerando la bajo un nuevo punto de vista, dijo el Czar; sin embargo, confesais que

en los individuos el desprecio de la vida es algunas veces virtud.

—Sí, señor, cuando nace del raciocinio y no de indiferencia física. Pero V. M. ha empezado ya á poner en ejecucion un gran sistema; y este sistema abrirá á los rusos tantos caminos de existencia, que no podrán por último despreciar la vida ni vivir como ahora en la degradacion. Ya V. M. ha principiado igualmente á destruir otro error grandísimo de la antigua filosofia. Los antiguos filósofos enseñaron que el hombre debia tener pocas necesidades; que el aumentarlas era un crimen y el disminuirlas una virtud. Un legislador moderno está por el contrario en el caso de enseñar que el hombre debe tener muchas necesidades porque solo teniendo muchas necesidades se tienen muchos goces y se hacen muchos adelantos; así la nacion mas civilizada

es aquella en cuya plebe las necesidades son en mayor número. Vos, señor, fomentando las artes y el saber, creais un vasto campo de necesidades morales, en las que vuestro pueblo encontrará despues la prosperidad, la fuente de sus recursos y la fuerza de vuestro imperio.

En estas conversaciones pasábamos á menudo muchas horas, y solamente despues de agotado un asunto de esta especie entraba el Czar á tratar de los negocios que mas inmediatamente tocaban á su persona. Nadie tal vez ha tenido mas fragilidades que Pedro el Grande; sin embargo, confieso que cuando ví la nobleza de alma con que se despojaba de su majestad como de una túnica y recorría todas las clases desde la mas baja á la mas alta, confundándose entre los hombres de todas categorías, desde el artesano hasta el príncipe, llevando solo por objeto

la prosperidad de sus súbditos y escogiendo como único medio la adquisicion de conocimientos, confieso, repito, que los ojos de mi razon se negaban á ver sus fragilidades y que casi estaba dispuesto á doblar la rodilla ante un ser tan benéfico y que solo usaba de su poder en provecho de sus pueblos.

A fines de enero, concluida mi mision me despedí de la corte de Rusia.

—Decid al regente, me dijo el Czar al partir, que le visitaré en la corte de Francia, donde le enseñaré mis modelos y espero ver sus dibujos.

En efecto, al mes siguiente (en 16 de febrero) comenzó el Czar por segunda vez sus viajes. Al despedirme de él se dignó decirme:—Si alguna vez dejais el servicio de Francia y no entráis al de vuestro pais, os ruego que vengais al mio: os daré carta blanca respecto á

la naturaleza y sueldo de vuestro destino.

Escuso decir que dí las gracias á S. M. por tanta bondad, y que al salir de Rusia, atraído por el ejemplo de aquel soberano, experimenté con mas fuerza que nunca el deseo de ser útil á mis semejantes. ¡Modelo y maestro de reyes! si cada pais en cada siglo hubiera producido un legislador como tú, ó todo el género humano viviría ahora contento con el despotismo, ó todas las naciones serían libres! Oh! cuando los reyes no han tenido mas que hacer sino ser buenos para vivir eternamente en nuestros corazones y en nuestras almas como dioses y bienhechores de la tierra, ¿por qué monstruosa fatalidad se han obcecado hasta el punto de no ver lo que convenia á su fama? Cuando recordamos los millones de individuos, el gran número de generaciones que pueden envilecer, destruir, elevar ó salvar, no

podemos menos de creer (aun cuando otros enigmas de la vida no exigiesen una futura existencia para ser resueltos) no podemos menos de creer *necesario* un porvenir fuera de este mundo, aunque sea por el único fin de premiar sus virtudes ó de castigar sus pecados! (1).

(1) Cuéntase que Pedro el Grande en su lecho de muerte dijo:—«Espero que Dios me perdonará las faltas que he cometido en consideracion al bien que he hecho á mi pais.»—Palabras son estas dignas de un rey. Tal vez ha habido pocos monarcas que mas necesitasen de la misericordia divina; pero pocos hombres habrá que mas la hayan merecido.

CAPITULO VIII.

Vuelta á Paris.—Entrevista con Bolingbroke.—Aventura galante.—Reyerta con Dubois.—La vida pública es un drama, en que los vicios particulares desempeñan el cargo de directores de escena.

Extraña sensacion es la que experimentamos al entrar de noche en una gran ciudad; extraña mezcla de impresiones nos hacen sentir los objetos que se refieren á la sociedad y los relativos al individuo en particular. Digo cuando entramos de noche, porque de noche es cuando mas dispuestos estamos á sentir y cuando el alma, menos distraida por los objetos exteriores, se fija mas intensamente en sus esperanzas é internos pensamientos.

Era pues de noche cuando entré en

París. Detúveme muy poco tiempo en mi casa, y aunque ya iban á dar las doce, pasé á la de lord Bolingbroke. Sabiendo sus relaciones con la corte de S. German, en donde el Caballero (que hacia pocas semanas habia vuelto á Francia, despues de los sangrientos y desgraciados sucesos de 1715) residia principalmente, no llevaba grandes esperanzas de encontrarle en París; quedé por tanto grande y agradablemente sorprendido cuando su criado me dijo que estaba en casa, y me preguntó si quería que me anunciase. Respondíle que no y me adelanté solo hasta su gabinete.

La puerta estaba entornada y Bolingbroke ni me vió ni me oyó. Su actitud y su aspecto me chocaron y determiné detenerme un poco á examinarle antes de darme á conocer. Estaba sentado junto á una mesa cubierta de libros: uno grueso

en folio (el Polibio , edicion de Casaubon) se hallaba abierto delante de él. Desde luego reconocí la obra porque era el libro favorito de Bolingbroke y muchas veces habíamos discutido el mérito de su autor. Sonreime al ver que aquel libro, que tiene tan particular atractivo para los hombres de estado, constituia todavía el principal alimento de aquella alma incansable, ardiente y exaltada. Pero en el momento en que entré sus ojos no estaban fijos en las páginas, antes bien parecia que miraban en opuesta direccion. Su rostro estaba muy pálido y una nube de tristeza y profunda meditacion cubria sus nobles facciones.—Esa es la calma de la ambicion que ha sucedido á una de sus tempestades, dije yo interiormente y me acerqué y le puse la mano en el hombro.

Despues de las mútuas manifestaciones de júbilo al volvernos á ver le dije:—

¿Tánto atractivo tienen los muertos á estas horas que privan al obsequiado y obsequioso Bolingbroke de la admiracion y conversacion de los vivos?

Bolingbroke me miró fijamente:—¿No sabeis lo que hay? me dijo.

—¿Cómo lo he de saber si acabo de llegar á París?

—¿No sabeis entonces que he hecho dimision del empleo que tenia al servicio del Caballero?

—¿Habeis hecho dimision de vuestro empleo?

—He dicho mal; he sido destituido. El Caballero, inmediatamente despues de su vuelta, me envió á llamar, me abrazó, me dijo que me preparase para seguirle á Lorena; y tres dias despues vino el duque de Ormond á verme y á exigirme que le entregase los sellos y papeles. Puse estos últimos con mucho cuidado en una

cartera , hice la entrega y aquí acabó la administracion de Lord Bolingbroke. Los jacobitas censuran mi conducta terriblemente ; su rey me acusa de negligencia, incapacidad y traicion y la fortuna destruye el edificio que habia fabricado para mí , á fin de sepultarme bajo sus ruinas.

—Querido amigo, siento lo que os sucede , pero creo que el Caballero, si ahora está obcecado, en breve reconocerá su error y solicitará que volvais á encargarnos del ministerio.

—¡Que vuelva! exclamó Bolingbroke echando fuego por los ojos ¡que vuelva! Oid lo que dije á la reina madre cuando vino á proponerme la reconciliacion:—
«Señora , dije en el tono mas tranquilo que pude , si alguna vez esta mano saca la espada ó emplea la pluma en favor de ese príncipe , quiero que me la corten.»

¡Volver! no , aunque me fuese en ello la vida. Sin embargo, Devereux (y aquí cambió Bolingbroke de tono y de maneras), tales reveses no deben abatir al hombre de talento. Está bien que procuremos alcanzar honores ; pueden ser manantiales de placer para nosotros é incentivos para esforzarnos en hacer bien á los demas; pero no debemos afligirnos por su pérdida. *Nec querere nec spernere honores oportet*. Bueno es gozar los dones de fortuna ; pero es mejor someterse sin sentimiento á su pérdida. Ya recordareis que al marchar á Rusia os dije que estaba preparándome para este golpe: creedme, estoy preparado.

Y en efecto Bolingbroke sufrió con resignacion la ingratitud del Caballero. Poco despues llevó á efecto su ardiente deseo de retirarse de la vida pública ; y el destino que se complace á veces en

dejar en oscuridad lo que acaba de iluminar y en iluminar lo que poco antes estaba triste y oscuro, nos tuvo separados por largo tiempo, á él dejándole en su reclusion, á mí condenándome á la publicidad.

La destitucion de lord Bolingbroke no fué el único acontecimiento interesante para mí que ocurrió durante mi ausencia de Francia. Uno de los mas activos partidarios del Caballero en la expedicion de lord Mar fué Montreuil, y tales habian sido sus servicios ó tal su importancia en ella, que se habia ofrecido en Inglaterra una gran recompensa al que llevase su cabeza. Hasta entonces, sin embargo, habia logrado burlar la vigilancia de los interesados en encontrarle y se suponía que aun se hallaba en Escocia.

Pero lo que mas directamente me tocaba era lo relativo á la situacion de Ge-

rald. Al estallar la rebelion habia sido preso y solo fué puesto en libertad despues de la fuga del Caballero. Sin embargo, al parecer no se le habia probado que tuviese parte en la conspiracion y mi ausencia de Inglaterra me impidió adquirir noticias acerca de los motivos de su prision y de las causas á que debió su libertad.

Oí no obstante decir á Bolingbroke, que sin duda sabia alguna de las noticias que los clérigos intrigantes de la época transmitian de corte en corte y de provincia en provincia, que Gerald se habia retirado muy disgustado á la quinta de Devereux. Consideraudo por otra parte su osadía, su intimididad con Montreuil y la habilidad que este tenia para intrigar, no me pareció innecesaria la precaucion que tomó el gobierno encarcelando á mi hermano.

Otra circunstancia habia , relativa á la rebelion , que era para mí de grande entidad. Un hombre llamado Barnard habia sido ahorcado en Inglaterra por crimen de sedicion. Hice infinitos esfuerzos para adquirir noticias respecto á él ; supe que era jóven , no de mucha nombradia pero de algun talento y que mucho antes de la muerte de la reina habia sido empleado por los amigos del Caballero. Esta circunstancia causó en mí grande impresion , á pesar de que no me quedaba la menor duda de que el Barnard á quien por tantos motivos aborrecia , no tenia de comun con el ahorcado mas que el nombre.

El regente me recibió con toda la amabilidad y gracia que le hacian tan notable. A decir verdad mi mision habia producido felices resultados ; la única causa á que Pedro el Grande no daba su apoyo , entre todas las que apoyaba el

regente, era la del Caballero; pero antes de ir á mi embajada habia yo recibido completas instrucciones sobre este punto.

Muchas veces parece que hay cierta especie de relacion moral entre el principio y el término de ciertas alianzas ó amistades. Véase por ejemplo el importante suceso que me acaeció en mi vida política. Durante mi ausencia Dubois habia hecho rápidos progresos para ser un grande hombre. Su poder iba aumentándose por grados, y los cortesanos, cuyo pundonor y honradez no eran tantos que les impidiesen doblar la rodilla ante el vicioso pero hábil favorito, le habian ya designado como la persona mas capaz de elevarse por medio de la adulacion y de la baja. Por mi parte ni le buscaba ni despreciaba su trato, porque era tan atento conmigo como su brusco carácter le

permitia serlo, y como cada uno de los dos seguíamos distinta carrera, juzgué que podría contar, si no con su amistad, con su neutralidad por lo menos. La suerte no lo quiso así.

Un día recibí una carta anónima rogándome que á cierta hora me presentase en una casa de la calle de.... Ocurrióme como cosa probable que aquella cita tendría relacion con mis circunstancias individuales, ya domésticas ó ya políticas; y seguramente nada estaba mas lejos de mi imaginacion que el pensamiento de una cita amorosa. A la hora señalada me presenté en el punto de que hablaba la carta, y no pude menos de entrar en sospechas cuando ví á una mujer que me condujo á un gabinetito vestido de tapices en que estaban representados los amores de Marte y Venus. Despues de haber aguardado allí por espacio de un cuarto de hora,

entró una mujer alta, de tez casi morisca. Saludé; ella suspiró; siguióse una aclaracion y supe que habia tenido la buena suerte de caer en gracia á la querida favorita del abate Dubois. Nada estaba mas lejos de mis deseos. ¡Qué lástima que no pueda uno decir siempre á una mujer lo que piensa!

Intenté hacer una disertacion sobre la amistad, el honor, y el respeto debido á la amante del mas íntimo amigo que tenia en el mundo.

—Bah! dijo la morena Calipso con cierto aire de impertinencia, bah! aquí no se debe hablar de esas cosas.

—Señora, repuse con energía, os suplico que os contengais: no esciteis una lucha terrible entre mi pasion y mi deber. Conozco que debo huir de vos... sois demasiado hechicera....

Y me levanté. Para hablar francamen-

te, no quería correr el riesgo de hacerme un poderoso enemigo por una mujer que no me parecía gran cosa. Pero la dama no estaba en ánimo de dejarme retirar. Siguióse una nueva conversacion en medio de la cual entró corriendo una criada y anunció, no al señor abate, sino al señor regente. Al fin hube de apelar por fuerza al recurso que desde tiempo inmemorial hay para semejantes casos, es decir, el de dejar que me encerraran en otro cuarto inmediato. S. A. R. entró y fué recibido como un conocido antiguo. Es admirable el tono que se dan ciertas mujeres cuando tienen relaciones con príncipes. Mi encierro, sin embargo, no fué largo; el gabinete tenia otra puerta; la *femme de chambre* dió la vuelta, la abrió y yo salí muy satisfecho de haber alcanzado mi libertad.

Cuando una francesa se encapricha es

capaz de hacer toda clase de locuras; por mi parte creo que esas mujeres altas, especialmente las que tienen una tez tan morena son.... Pero vamos adelante. Al otro dia estaba yo almorzando con mucho sosiego cuando entró mi criado conduciendo á una tapada, y heme aquí otra vez frente á frente con aquella mujer. Esto ya no podia sufrirse y el caso requería que me enfadase de una manera ó de otra: fingí por tanto estar muy irritado y hablé con mucha dignidad del papel que me habia hecho representar el dia antes.

—En tan ridícula situacion se ponen, añadí, los que son bastante débiles para enamorarse de una mujer que admite los obsequios de tantos otros.

—Por vos, dijo la tierna dama, por vos me desharé de todos.

Esto ya era mucho y de aquí podia

haber tomado fundamento la dama para algunos rasgos de persuasiva elocuencia; pero en aquel momento se oyó en mi antecámara la voz del abate Dubois. Atribuilo á casualidad, pero no lo era: el buen abate, segun supe despues, habiendo sospechado algo, iba á hacerme una visita de policia amatoria. Abrí la puerta de mi cuarto de vestir é hice entrar en él á la morena diciéndola:—Ahí teneis una escalera escusada y al fin de ella está la puerta.

¿No hubiera sido bastante esta insinuacion para cualquiera? Pues para la morena no le fué, porque en vez de marcharse se quedó á escuchar por el agujero de la cerradura.

Nunca llegué á saber si Dubois tenia sospechas de la visita que me hacia su dama ó si por los papeles del escritorio de esta ó por sus propios espías habia te-

nido conocimiento de su inclinacion hácia mí: en ambos casos el paso que acababa de dar era natural en él.

Sentóse, habló del regente, de partidas de placer, de mujeres, y por último de la dama en cuestion.

—¡*La pauvre diablesse!* dijo con aire de desprecio: una vez tuve compasion de ella, y mil me he arrepentido: no podeis formar una idea de lo terrible que es. Tiene un lobanillo en el pescuezo que es casi una *goître*. ¡*Mort diable!* (Y el abate escupió en su pañuelo). Mejor quisiera tener una *liaison* con la bruja de Endor.

No contento con esto empezó con su habitual grosería á enumerar los diversos defectos verdaderos ó fingidos de la dama como para disgustarme de ella.— Gracias al cielo, dije yo entre mí, que no está ahí para poderle oír.

Apenas habia hecho esta piadosa con-

sideracion , cuando se abrió con furia la puerta y se presentó delante de nosotros la consabida dama, pálida, temblando, los ojos encendidos y los puños cerrados: prueba maravillosa de que las mujeres están mas prontas á perder el pudor que á consentir que las llamen indignas de perderlo. Entró, y aunque todas las furias del infierno le hubiesen prestado sus lenguas, no habria estado mas elocuente. Escena chistosa hubiera sido aquella para mí si yo no hubiera representado ningun papel en ella. El viejo abate con su cara de zorro, luchando entre la sorpresa, el temor, la ridiculez de su posicion y la certeza de la pérdida de su querida; esta echando espuma por la boca, agitando los puños y amenazando con ellos á su destructor; yo procurando ponerlos en paz y obrando como por máquina, segun sucede en semejantes casos, no obstante que

despues suele uno creer que ha obrado con prudencia.

Pero la querida del abate no se contentó de modo alguno con justificarse de las acusaciones de aquel, sino que dió tan minuciosa descripcion de sus cualidades y gracias, acompañada de tantos chistosos comentarios, que al cabo de poco tiempo el buen eclesiástico perdió los estribos y llegó á ponerse tan colérico como ella. Por fin la dama salió de mi cuarto, el abate temblando de ira me apretó cordialmente la mano, se sonrió apretando los dientes, dijo que la chanza habia sido magnífica, dióme la enhorabuena como si me amase mas que á las niñas de sus ojos, y salió de mi casa, jurándome interiormente el odio mas irreconciliable.

No podia suceder otra cosa. El abate habria olvidado fácilmente la rivalidad,

porque semejantes lances le sucedian todos los dias ; pero el haber sido puesto tan en ridículo , no podia olvidarlo , mucho menos cuando su edad no admitia chanzas en tales materias, pues pasaba de los sesenta.—Por aquí todo se ha concluido , dije yo entre mí , pero veremos por otro lado, y el mismo dia me presenté á ofrecer mis respetos al regente.

¡Que lástima que el orgullo no nos deje muchas veces seguir los consejos de la prudencia y de la razon! ¡ Ah si uno pudiera ser en la práctica lo que en la teoría!... Mi gran golpe de política entonces habria sido este; me habria presentado al regente, y refiriéndole una historia parecida á la verdadera , habria hecho recaer todo el ridículo de la situacion sobre mí , elevando á Dubois á la mayor altura , y dejándole en el lugar mas respetable. Esto me hubiera salvado , porque el regente

todo se lo decia al abate. Se me ocurrió este plan; pero mi orgullo me impidió adoptarle, y pensé seguir otro sistema. Despues de varias frases preliminares, hice girar la conversacion acerca del abate.

—¡ Ah él *scélérat*, dijo Felipe sonriéndose, es un bribon, pero tiene talento y me ama; sería inapreciable si fuese un poco mas honrado.

—Por lo menos, dije, no es hipócrita, y esto hace en cierto modo su elogio.

—¡ Hum ! exclamó el duque, y despues de una pausa, añadió: Conde, os estimo y quiero por lo mismo daros un consejo: pensad de Dubois todo lo bien que podais, y hablad de él como si tuviera todas las cualidades imaginables.

Despues de esta insinuacion que en la boca de un príncipe que no hubiese sido Felipe de Orleans, habria parecido no-

table por su falta de dignidad, no podia yo tener grande esperanza: sin embargo, no me desanimé.

—El abate, dije respetuosamente, es hombre colérico; fácilmente se le puede disgustar; ¿pero puedo esperar que mientras conserve mi celo y adhesion á los intereses y persona de V. A. no....

—El regente me interrumpió.—Que-
reis decir que no creeré nada de lo que me digan contra vos. No, conde (y aquí el regente tomó un tono de dignidad y de nobleza que le sentaba muy bien), no, conde, yo sé distinguir entre los que gobiernan el Estado y los que me gobiernan á mí; considero vuestros servicios demasiado importantes para el primero, y no los dejaré por lo mismo á merced de los segundos; y ahora que hemos empezado á hablar de negocios, quiero conferenciar con vos sobre ese plan de Gortz.

Despues de una larga conferencia con el regente sobre asuntos políticos, me despedí de él plenamente satisfecho de mi visita. No habria sido tanta mi satisfaccion si hubiese tenido el don de profecía.

Cinco dias despues de esta entrevista juzgué prudente hacer al abate Dubois una de aquellas visitas que exigia la política. Si voy, dije para mí, parecerá que nada ha sucedido; si no voy, creerá que doy importancia á una escena que debo aparentar que he olvidado.

Sucedió que aquella mañana visitó por casualidad al abate el austero pero admirable duque de Saint Simon. El regente hacia siempre una distincion marcada entre las personas relacionadas con él á causa de sus vicios y aquellas á quienes conocia por su rectitud y buenas cualidades. Por estas tenia el duque de Saint Simon en su afecto el mismo lugar que

Dubois ocupaba por sus vicios. Acababa de salir el duque del gabinete del abate, cuando yo entré en la antesala. Detúvose á hablarme, mientras Dubois que le habia acompañado hasta la puerta, se paró un momento y me dirigió una mirada terrible. Yo aparenté que no lo notaba, pero Saint Simon lo observó.

—Esa mirada, dijo á tiempo que Dubois se retiraba otra vez, no os pronostica nada bueno, conde.

—Señor duque, respondí en voz demasiado alta; considerando que la sala estaba llena, señor duque, en ninguna corte en que sirva Morton Devereux dependerá su fortuna de un clérigo disipado, insolente y de baja ralea.

Saint Simon que se pagaba mucho de la *haute naissance*, se sonrió sardónicamente, y respondió en tono cortés:

—Señor conde, aprecio vuestros senti-

mientos, y os deseo gran fortuna en el mundo y.... menos voz.

Iba á replicar, porque estaba de muy mal humor; pero me contuve diciendo para mí.—No necesito hacerme dos enemigos si puedo evitarlo. Nunca, añadí con voz grave dirigiéndome al duque, nunca desconfiaré, mientras viva el duque de Saint Simon, de granjearme por los mismos medios que él la estimacion de los hombres honrados y el favor de los príncipes.

El duque quedó lisonjeado y dió una respuesta adecuada á las circunstancias. Despues se retiró, y yo resolví no hacerlo hasta ver cómo me recibia el abate. No tuve que esperar mucho tiempo: salió de su gabinete, y colocándose de espaldas á la chimenea, comenzó con sus modales acostumbrados á recibir los cumplimientos y lisonjas de los que habian ido á vi-

sítarle. No me dí gran prisa á presentarme á él; pero al fin lo hice con aire familiar, aunque respetuoso. Dubois me estuvo mirando un rato de pies á cabeza, y volviéndome despues la espalda, profirió un juramento y dijo á un cortesano que se hallaba á su lado:

-- Las plagas de Faraon han venido otra vez sobre nosotros; solo que en lugar de las ranas egipcias tenemos huéspedes todavia mas incómodos, que son los aventureros ingleses.

Raras veces sé yo decir un cumplimiento; los escuso mucho, porque suelen parecer sarcasmos; pero gracias al cielo todavia no me he quedado sin responder á un insulto.—Ha! ha! dije contestando al abate con una cortés carcajada, teneis chiste, abate. A propósito de aventuras, el otro dia encontré á un Mr. de Saint Laurent, rector del instituto de San Mi-

guel.—Conde, me dijo luego que oyó que venia á Paris, podeis hacerme un especial favor.—¿Cuál? pregunté.—Ahora vive en la capital un bribon de criado mio: el pícaro se me escapó robándome una casaca, y ahora parece que se dá mucho tono, y se hace llamar abate y caballero: si le encontrais por casualidad, dadle un buen vapuleo de mi parte: se llama Guillermo Dubois.—Perded cuidado, contesté á M. de Saint Laurent; si ese belitre no está al servicio de ningun individuo de la familia real, yo os prometo darle unos latigazos de buena mano; ahora si está al servicio de la real familia, tendré que contentarme con advertir á todos que se guarden de ese bribonzuelo que conserva todavia los modales del hijo de un boticario y del criado de un rector.

Era chistoso ver la cara que ponian los cortesanos, mientras yo estaba refiriendo

esta anecdotilla. Dubois se hallaba demasiado confundido, demasiado horrorizado para responderme; de modo que salí del cuarto sin que nadie me hablase una palabra. Si Dubois hubiese sido entonces lo que fué despues, es decir, cardenal y primer ministro, probablemente en cambio de mi historia me habria mandado dar alojamiento perpétuo en la Bastilla; pero en aquella ocasion no fué tan agradecido como debia haberlo sido á la molestia que me tomé por divertirlo.

A pesar de mi enojo, al dejar al favorito no olvidé lo que aconsejaba la prudencia, y me apresuré á visitar al príncipe. Cuando fuí admitido á su presencia, doblé la rodilla y le conté cuanto habia sucedido. El regente que no parecia tener un verdadero afecto á Dubois (1), no

(1) Cuando Dubois murió, el regente escribió al conde de Nocé, á quien habia desterrado por una in-

pudo menos de reirse cuando le describí la consternacion universal que mi anécdota habia escitado.

—Valor, mi querido conde, nada tenéis que temer, dijo afectuosamente; volved á vuestra casa y contad con una embajada.

Confiado en la palabra del príncipe volví á mi casa y pasé la noche con Chaulieu y Fontenelle. Al dia siguiente el duque de Saint Simon me hizo una visita. Despues de una breve conversacion preliminar, me confió el secreto de la mision de que estaba encargado, que era rogarme que saliese de París en el término de cuarenta y ocho horas.

—Podeis creerme, dijo Saint Simon; no sin gran repugnancia me ha dado el

discreta expresion contra el favorito: «Muerto el perro, se acabó la rabia: esta noche os espero á cenar en el Palais Royal.»

regente este mensaje ; os envia por mi conducto mil afectuosos recuerdos ; dice que os aprecia y os apreciará siempre , y que espera volveros á ver algun dia en el Palais Royal. Desea ademas que se tenga secreto este mensaje, y me le ha confiado expresamente á mí , porque sabiendo que os estimo y que odio á Dubois, pensó que sería yo el mensajero mas á propósito para traeros tan desagradables nuevas.—Si he de hablar con franqueza , Saint Simon, me dijo el regente, he consentido en desterrarle, porque estoy en la firme persuasion de que si no lo hago , Dubois aprovechará la primera oportunidad para hacerle cortar la cabeza.

—Dad á S. A. mis mas humildes y respetuosas gracias por su amable prevision, dije sonriéndome del mejor modo que pude. Yo mismo no hubiera elegido cosa

mejor que la que S. A. ha escojido para mí. Lo único que siento al salir de Francia es dejar á un príncipe tan amable como Felipe, y á un cortesano tan virtuoso como Saint Simon.

Aunque el buen duque iba todos los años á la abadia de la Trapa para hacer penitencia de sus pecados y poner á cubierto su religion de las impresiones de la impía atmósfera del Palais Royal, no le desagradaba la lisonja; así es que estuvo conmigo muy amable despues de este corto discurso.

En la corte se vuelve uno una especie de oso hormiguero, y aprende á cojer la presa con la lengua.

Despues de haber estado un rato hablando mal de Dubois, el duque se despidió á fin de dejarme tiempo para hacer los preparativos de mi *viaje*. Antes de marcharse me preguntó adonde pensa-

ba ir. Díjele que pensaba presentarme al Czar Pedro y ver si S. M. conservaba al cortesano en desgracia la misma estimacion que habia manifestado al afortunado diplomático.

Aquella noche recibí una carta de Saint Simon, incluyéndome otra dirigida en toda forma al Czar: «Abí teneis, me decia Saint Simon, una nueva prueba de la bondad del regente para con vos; la adjunta es una carta de recomendacion en favor vuestro, escrita en los términos mas expresivos, y que no dejará de producir efecto en el ánimo del Czar.»

Me conmovió aquella bondad tan poco comun en príncipes cuando se dirige á cortesanos que han caído en desgracia, y esto me reconcilió enteramente con la idea de cambiar de situacion, idea que de todos modos en otras circunstancias antes me hubiera sido agradable que desagradable.

A las treinta y seis horas de haber recibido la orden de mi destierro, salí de la capital de Francia, moralizando sabiamente sobre la observacion con que he empezado la relacion de las causas de mi partida, á saber, que hay una especie de analogía moral entre el principio y el fin de ciertas alianzas ó relaciones. En efecto, mi favor con el príncipe empezó en un burdel, y concluyó por causa de una prostituta.

CAPITULO IX.

Intervalo de muchos años.—Cambio de intenciones y sus causas.

Segun las últimas noticias el Czar se hallaba en Dantzic. Sin embargo, cuando yo llegué habia ya salido de aquella ciudad. No perdí tiempo en seguirle, y me presenté á él un dia en el momento en que habiendo acabado de comer se hallaba sentado con una pierna en la falda de la Czarina, y una botella del mejor aguardiente delante de sí. No podia haber elegido mejor ocasion; recibíome muy bien, leyó la carta del regente, acerca de cuyo contenido, recordando la caida de Belefonte, tenia yo ciertas dudas que por lo visto eran infundadas, y despues me dijo que se alegraba mucho de volverme á ver.

Al siguiente dia fuí nombrado para un destino honorífico y provechoso cerca de la real persona; despues entré en el servicio militar, en el cual me elevé rápidamente, y de cuyos deberes solo me distrajo S. M. para confiarme misiones de la mas alta importancia.

Así pasaron nueve años hasta la muerte del Czar, tiempo que debo condensar en mi historia, porque nada me sucedió en ellos capaz de interesar al lector. Aunque apenas tenia veinte y cuatro años cuando entré al servicio del Czar, mi costumbre de tratar con hombres de mucha mas edad que yo, mi habitual gravedad y reserva, el cuidado con que desde la muerte de Isora huia de los excesos y diversiones juveniles, mi precoz entrada en el mundo y mi semblante meditabundo y triste me hacian parecer mucho mas viejo de lo que era. Tomé el

partido de continuar así aparentando mas edad, porque la juventud es gran obstáculo para triunfar en las empresas de este mundo, y mas se estima á veces una arruga que un entendimiento despejado.

Pocas fueron las noticias que durante este tiempo recibí de Inglaterra. Mi madre gozaba todavía de la paz de su retiro. Un incendio, efecto de la negligencia de un criado, habia consumido casi toda la quinta de Devereux (¡pobre casa! mientras existió en pie me parecia que aun me quedaba un amigo en Inglaterra). A consecuencia de este acontecimiento Gerald se habia establecido en la capital, y aunque nadie dudaba de su complicidad en la rebelion de 1715, habia sido bien recibido en la corte, y era famoso en Londres por sus excesos y su prodigalidad.

Montreuil, que parecia siempre des-

tinado á perder por la intriga lo que ganaba á fuerza de verdadero genio, habia tomado gran parte en los osados y gigantescos planes de Gortz y de Alberoni; planes que si hubieran triunfado no solo habrian puesto un nuevo rey en el trono de Inglaterra , sino cambiado enteramente la faz de Europa. Con Alberoni y con Gortz cayó Montreuil; estaba desterrado de Francia y España; los tribunales ingleses le habian condenado á muerte, y se creia que se habia ocultado en algun convento de Italia, donde su nombre y su carácter eran desconocidos. A estos se reducian todos mis informes respecto á los actores en las primeras escenas de mi vida. Vuelvo ahora á la escena en que me hallaba por entonces. A la edad de treinta y tres años habia adquirido suficiente fama para contentar mi ambicion; mis riquezas eran mas que mis necesida-

des; gozaba de favor en las cortes; habia triunfado en los campos de batalla; habia obtenido todo lo que otros hombres de mérito superior al mio habrian mirado como recompensa de una vida entera de servicios. Era todavia jóven; mi aspecto, aunque alterado, habia mas bien ganado que perdido con la edad; mi constitucion no estaba debilitada por los excesos, ni mi alma gastada por los placeres. ¿Cuál era, pues, la causa de la profunda tristeza que en lo mejor de mi edad, en el zenit de mi gloria se apoderó de mí? Y era tan profunda esta tristeza que me parecia una cortina espesa é impenetrable colocada entre mi ser y la benéfica luz de los humanos goces. Por espacio de muchas horas solia permanecer sentado sin libros, papeles ni objetos en que ocupar mi atencion, dirigiendo á cualquier parte miradas indecisas, sin moverme, sin sentir

mas que un decaimiento general de fuerzas y de ánimo. Esta tristeza se fué apoderando de mí poco á poco , de modo que hasta dos años despues de haber comenzado no llegó á adquirir el grado de intensidad que he descrito. Empezó por una repugnancia invencible á todo lo que antes me agradaba. La música que me habia gustado siempre extraordinariamente, aunque por cierto defecto de oido no podia adquirir conocimientos en ella, perdió para mí todos sus divinos encantos , y vino á ser un sonido monótono é ingrato. Una de mis debilidades habia sido antes la aficion al lujo y á la esplendidez , y habia logrado obtener para mis brillantes trenes , mi casa y mis banquetes la celebridad que se concede no menos á la munificencia que á fa fama; pero entonces todos los signos de pompa y ostentacion me eran indiferentes. A

ejemplo de Bolingbroke me habia aficionado á la conversacion de los hombres eminentes, bien por su erudicion, bien por su ingenio agudo ó profundo; pero ya la sonrisa habia huido de mis lábios y el chiste de mi lengua; y mi memoria, lo mismo que mi fantasía, me abandonaba en el momento en que pretendia tomar parte en aquellas pláticas en que antes me habia distinguido. Mis discursos eran confusos y turbados; mis palabras tenian un sentido diferente del que quería darles; y por último, mi imaginacion se iba helando de dia en dia.

En la época á que me refiero era yo ministro en una de las pequeñas cortes del continente, donde la vida es un círculo de insignificante etiqueta y cansadas ceremonias, una incesante ostentacion de fruslerías y un ejercicio diario de puerilidades. Habíanme enviado allí para

arreglar un asunto importante, pero mi negociacion terminó pronto y solo me quedaron que cumplir deberes por decirlo así pasivos y negativos. Ninguna especie de excitacion podia en aquella corte sacarme de mi letargo. Yo que acababa de llegar de la guerra contra los tártaros, guerra que si bien daba poca gloria proporcionaba muchas ocasiones de ejercer la actividad, me encontré allí como si hubiera pasado de un impetuoso torrente á un charco de agua estancada.

De esta paralización de deseos y esperanzas me despertó otra especie de enfermedad que produjo en mi corazón un agudo é intenso dolor; á la ausencia de todo pensamiento reemplazó una idea mas negra, mas terrible que todas las que me habian asaltado desde la muerte de Isora.

En la corte de... habia un italiano

célebre por su saber y estimado por su integridad y buena fé; cualidades no muy comunes entre sus paisanos. Cultivé con cuidado las relaciones con aquel hombre que tenia unos cincuenta años de edad y se dedicaba esclusivamente á estudios filosóficos. Su conversacion me agradó; su erudicion estimuló mi ingenio y su bondad, que me recordaba á La Fontaine por lo infantil, hacia muy apreciable su trato para mí. Cuando se apoderó de mí la pasion de ánimo de que acabo de hablar dejé de visitarle, y Bezoni (así se llamaba) se manifestó un tanto ofendido de mi proceder; pero luego que supo mi situacion olvidó todo su resentimiento, y solia acompañarme en mi soledad permaneciendo noches enteras sentado á mi lado sin hablar una palabra, ó haciendo vanos esfuerzos para consolarme ó distraerme.

Una tarde nuestra conversacion giró sobre aquel objeto que siendo el mas importante de todos es el que mas raras veces da en el dia motivo á discusion. Hablamos de *religion*, y al tratar de la revelada observé que las doctrinas de Bezoni eran opuestas á las mias, y que no creia en lo que los cristianos adoran. La disputa del terreno de la fé pasó al terreno de la razon, mas propio para el debate, y de la religion revelada pasamos á discutir sobre la religion natural, y entramos en la gran cuestion de la inmortalidad del alma. En ella tambien los principios de Bezoni eran opuestos á los mios. El creia en la tenebrosa doctrina que enseña que el hombre es polvo y que todas las cosas terminan en el sepúltero. Manifestó sus opiniones con claridad y precision, tanto mas insinuantes cuanto mas desprovistas de adornos de retórica.

Yo le escuchaba en silencio, pero con profundo y agudo dolor; todavía me parece que le estoy viendo, sentado enfrente de mí é iluminadas sus nobles pero tétricas facciones por la luz del quinqué; todavía parece que estoy oyendo su voz pausada y serena; la argentina voz de su pais que, penetrando hasta mi corazon, marchitaba la única esperanza pura y sin mancilla que yo alimentaba en él.

Separóse de mí, ignorante de la angustia en que me dejaba. Aquella noche no dormí, ni aun me acosté; apoyé la cabeza en las manos y me entregué á una profunda meditacion. Todo el que ha vivido mucho en el mundo y tratado con diversas gentes, ha encontrado algunos que profesan las mismas doctrinas que profesaba Bezoni; pero él era la primera persona de su secta en quien yo habia descubierto estudio y meditacion sobre

los principios que constituyen su creencia. No era hombre dado á los deleites ni amigo de brillar en la conversacion. Ni las ilusiones de la vanidad ni las de los sentidos le habian estraviado; era modesto, inocente, puro, caritativo y bondadoso con el género humano; tenia evidente interés en creer en una vida futura; nada podia temer en ella, ni una sola pasion agitaba su pecho que las leyes de otro mundo pudieran condenar. Hubiera yo dado un reino por hallar en el abogado alguna cosa que sirviese de fundamento para condenar la causa que defendia, pero no pude hallarlo y esto me desesperaba.

Empleé toda la semana siguiente en consultar mis libros; examiné con cuidado todo lo que habian escrito los teólogos ó los filósofos, cuyas obras poseia. Ordené sus argumentos en mi memoria;

me armé con sus armas ; sentíme con mas fuerza y envié á buscar á mi filósofo pensando derrotarle y convencerle. Vino; desenvolví mis argumentos ; contesté á los suyos ; estuvimos disputando toda la noche y me dejó mas confundido que nunca.

A decir verdad él habia empleado muchos años en estudiar la materia y yo solo habia dedicado á este estudio una semana. Él habia llegado al punto en que se hallaba paso á paso, deducción por deducción, muy detenidamente y segun me confesó con mucha angustia y repugnancia. ¿Cómo habia de disputar con él yo que habia examinado con precipitacion todas las razones en pro y en contra y que solo habia reflexionado sobre el asunto unos cuantos dias? Los argumentos que favorecian mi conviccion él los prevenia ; los presentaba en toda su fuer-

za; me parecían incontestables, pero llegaba su respuesta y me confundía.—Estas conferencias se repitieron á menudo, y cuando nos separábamos mi corazón se deshacía y las lágrimas caían hilo á hilo de mis ojos.

Porque nadie ha podido haber que mas interés tuviese en creer en otra vida ni que mas ardientemente creyese en ella. Esta creencia me consolaba en cierto modo de la no vengada muerte de Isora. ¿Y de qué procedía este consuelo sino de la certeza de que Isora *aun existía*, de que su espíritu, su naturaleza, su amor eran los mismos, de que me miraba, de que sabia que á todas horas pensaba en ella, de que oía mis ruegos, de que deseaba el momento en que mi alma rompiendo las cadenas que la ligaban á este cuerpo se uniese otra vez con la suya?

¡Y qué! todo esto ¿no habia de ser

mas que un sueño? ¿Sería cierto que estábamos separados *para siempre*? ¿Sería verdad que Isora habia vuelto al seno de *la nada*, dejándome solo, sin un consuelo, sin una esperanza? ¿No sería en efecto la tierra mas que una masa compuesta de los huesos de nuestros mayores y del polvo de sus cuerpos? ¿No serían la luna y las estrellas mas que meros átomos de luz, y de ningun modo mundos á donde nuestro ardiente espíritu pudiera despues llegar? ¿No sería el cielo, ese cielo puro, diáfano, admirable, en cuyas remotas regiones habia yo colocado la mansion de Isora, no sería mas que nubes y aire? Y el amor, ese amor que me habia parecido inmortal, efecto de una causa que nada de mortal podia tener, ese amor ¿no sería mas que una grosera luz alimentada por las propiedades de la naturaleza material y colocada en una oscura

celda de tierra para brillar, consumirse y espirar con las frágiles paredes que hubiera iluminado? No podía contemplar sin horror esta idea: no la podía creer posible, y sin embargo ¿tenía yo respuesta contra los argumentos abstractos y lógicos que la favorecían? Tiemblo al decir que *entonces* no la tenía. Quise dedicarme con todo ahinco al estudio de esta materia; pero en el bullicio de una corte era imposible concentrar mis pensamientos, pues no era yo de aquellos que aun en medio de la mas ruidosa multitud pueden sumergirse en sus profundas meditaciones. Deseaba algun retiro, alguna soledad impenetrable donde pudiese dedicar todas mis potencias á este estudio y edificar por decirlo así la torre de divinos razonamientos, por cuyo medio habia de subir hasta el cielo.

Por aquel tiempo murió el Czar, y yo

fuí llamado á Rusia.—Ahora, dije al saber la noticia, ahora se cumplirán mis deseos.

Envié á llamar á Bezoni. Vino, pero no quiso que volviéramos á tratar de aquella cuestion.—Os perdono, dije al separarme de él, os perdono todo lo que me habeis hecho padecer, porque conozco que se acerca el momento en que mi fé encontrará una arma con que triunfar de la vuestra.

¡Gracias, Dios mio, que al fin se disiparon mis dudas y se desvaneció la nube que ofuscaba mi alma!

Bezoni me abrazó y lloró al despedirse.—Todos los hombres justos, me dijo, están poderosamente interesados en vuestro triunfo. Por mi parte nada encuentro de tenebroso ni aun en la muda tumba si cubre las cenizas de un hombre que haya amado y servido á sus semejantes, y no

haya hecho mal á criatura alguna viviente.

Poco despues murió el italiano por haber asistido con su acostumbrado celo á una víctima del funesto contagio que se declaró por aquel tiempo, á quien ningun otro médico se atrevió á visitar.

En este momento soy creyente y cristiano en la estricta acepcion de la palabra. No tengo duda alguna sobre la verdad de la mas noble y consoladora de todas las creencias, y entre otros bienes que la Fé me ha traído, el mas precioso para mí es la CARIDAD.

CAPITULO X.

El retiro.

Llegué á San Petersburgo y encontré á la Czarina, de cuya perfidia conyugal habia algo mas que sospechas, bastante resignada á la extincion de aquella brillante vida, cuya incalculable y divina utilidad solo la posteridad puede apreciar. He observado que en general la muerte de los grandes hombres cuanto mas llorada es por el pueblo, es menos sentida por sus familias. Los grandes son pocas veces amables, y los que con mas dificultad perdonan nuestros errores son seguramente nuestros parientes.

Muchas circunstancias se reunian para que mi solicitud de dejar el servicio imperial pareciese natural y oportuna.

La muerte del Czar, unida á cierto estado de animosidad y sospecha entre el monarca inglés y Rusia, estado que aunque existia desde largo tiempo era entonces mas evidente y notorio que al principio, me dió ocasion de observar que hacia tres años que habia obtenido del rey Jorge mi perdon y que las relaciones públicas y particulares que me unian á Inglaterra hacian, no solo conveniente, sino necesaria la vuelta á mi pais. La emperatriz Catalina me admitió la dimision en los términos mas lisonjeros para mí y me concedió la gran cruz de la orden fundada en honor del memorable hecho en que salvó á su esposo y al ejército ruso, esto es la orden de S. Andrés, de la cual ya era yo caballero.

Trasladé mis riquezas, que eran inmensas, á Inglaterra, y con toda la ostension que exigian el alto puesto y la re-

putacion que la fortuna me habia concedido , comencé el largo itinerario que me habia trazado. Aunque habia alegado mi deseo de visitar á Inglaterra como principal razon para salir de Rusia , anuncié tambien el pensamiento de detenerme algun tiempo en Italia antes de pasar á mi pais. Los médicos , en efecto , me habian recomendado aquel delicioso clima como antidoto de los males que me habia ocasionado la helada atmósfera del Norte ; y en mi interior tenia ya señalado el lugar solitario y secreto de aquella excelente tierra á que habia de retirarme.

Atravesé , pues , las provincias de Rusia , pasé por Hungría , entré en Turquía que deseaba visitar , y donde permanecí algun tiempo , y cruzando despues el Adriático , saludé por primera vez las riberas de la Ausonia. Era en el mes de mayo , mes cuya belleza nadie se puede

imaginar viviendo en el Norte. Una prueba de lo que me dominaba un pensamiento, que si bien importante es generalmente considerado como de naturaleza demasiado abstracta y metafísica, es que siendo tan entusiasta de la musa clásica no visité ninguna ciudad ni ningunas ruinas, y despues de haber permanecido unos cuantos dias en Ravena, despedí á todos mis criados y salí solo en busca del solitario retiro por el que suspiraba con el amor de un ermitaño.

En una pequeña aldea á la falda de los Apeninos encontré el objeto de mis investigaciones. Allí, cosa extraña, se unió á mi ardor filosófico una parte de los recuerdos de mi infancia. La voz de la naturaleza, que mientras habitaba las ciudades y luchaba con los hombres habia yo desoido por tanto tiempo, hallaba entonces eco en mi corazon y me llamaba

así como una madre llama á sus brazos á su fatigado hijo. Abriéronse mis ojos á la muda pero elocuente bondad de aquella hermosa tierra, y la colina y el valle, el espejo de las silenciosas aguas, la tranquilidad del bosque reanimaron en mí la fuente casi agotada de la poesía, y me cautivaron con sus hechizos, mas poderosos que los de ningun otro encantador, excepto el amor, que para siempre habia huido de mí, y la juventud, cuyos últimos límites tocaba.

Escogí, pues, mi retiro, y como fuí escrupuloso en la eleccion, no puedo resistir á la vanidad de describirlo. ¡ Ah! ¡ qué poco pensaba yo al establecerme en él que habia de encontrar allí no solo un consuelo divino, sino el origen de un profundo dolor humano! ¡ Oh el mas glorioso de los poetas romanos, en quien la ternura y la razon parecian tan unidas,

que con tan raro ingenio santificastes hasta tus impios errores! ¡qué eterna verdad contienen estas líneas tuyas: «Aun en la mas hermosa fuente del deleite hay un manantial secreto y maligno que esparce sus amargas aguas sobre las mismas flores que rodean su margen!»

En medio de un pequeño y vistoso valle habia una casita de campo: esta era mi habitacion. La familia á quien pertenecia me daba toda la asistencia que necesitaba. Habia tomado la precaucion de darme á conocer al superior de un monasterio inmediato. No todos los italianos ni todos los frailes pertenecen precisamente á una de las dos grandes clases en que generalmente se les divide, pícaros ó tontos. El P. Anselmo era hombre de ideas liberales y elevadas; no solo guardó mi secreto, lo cual era necesario para mi tranquilidad, sino que tomó mi partido,

lo cual no era menos preciso para mi seguridad. Un filósofo que desea solo convencerse á sí mismo, y convencerse de una sola cosa, no necesita muchos libros. La verdad reside en un círculo estrecho, y por mi parte, tratándose de un objeto de raciocinio y estudio, mas quisiera tener á mi disposicion un libro de Euclides como modelo, que todo el Vaticano como autoridad. Sin embargo, los pocos libros que necesitaba estaban prohibidos en Italia; el buen P. Anselmo me los envió de Ravena bajo su proteccion, diciendo que yo era un santo varon que deseaba hacer á la iglesia católica un gran servicio, escribiendo un gran libro contra ciertas opiniones atroces, y que las obras que leía eran en su mayor parte las que intentaba refutar. Esto me granjeó proteccion y respeto; y luego que mandé á mi agente en Ravena que diese al ex-

celente abad un poco de plata y una gran carga de vino esquisito de Hungría, si yo no fuí el hombre mas popular de todo el pais no fué por culpa del digno padre.

Pero volvamos á mi descripcion. Vivía en una pequeña casa de campo; un riachuelo que caía del bosque Apenino dividia el valle en que estaba situada, precipitándose primero espumoso y rápido desde su altura y tornándose mas sosegado á medida que iba entrando en el verde llano, por donde corría como por una alfombra de esmeraldas.

Como á una milla de mi casita formaba el riachuelo una pequeña cascada, cuyo ruido se oía distintamente en aquella silenciosa mansion, y muchas veces en la noche detenía el curso de mis pensamientos para escuchar su agreste y encantadora melodía. No era fácil ver desde luego

esta cascada, porque el rio pasaba por entre un poblado bosquecillo, y aunque se lograra atravesar la arboleda y llegar hasta su orilla, espesos y oscuros árboles estendian sus ramas sobre las aguas turbulentas, y la plateada corriente confundiendo con las hojas, caia despues en diamantes sobre el verde cesped.

Este era el sitio adonde mas comunmente dirigia yo mis paseos: los rayos de sol entre las trémulas hojas, la música del agua, la ausencia de todo otro sonido, escepto el gorjeo de los pájaros al cual se acostumbraba el oido de modo que al fin en la abstraccion del pensamiento apenas se le distinguia del silencio; la fragante yerba y las innumerables é ignoradas flores que me servian de alfombra, formaban un sitio muy apropósito para seguir en él sin interrupcion las reflexiones que en la soledad menos voluptuosa

del gabinete habia comenzado.

A corta distancia de la cascada habia una fuente, resto de los siglos clásicos. Nunca Nayade alguna se miró en mas luciente espejo ni habitó mas divino retiro. Por la hendidura de un seto que se elevaba sobre la verde yerba salia el caño que formaba la fuente, nacido como el amor entre flores y entre las mas halagüeñas sonrisas; el agua caia despues bulliciosa y reluciente en un pilon de mármol en cuyo fondo, á la luz de la luna, se podian ver el suelo, que ostentaba el propio color del oro, y la variedad de insectos de todas formas que juguetaban ya agrupándose en el centro ya dejándose llevar de las pequeñas olas. Enfrente habia un templete de elegante arquitectura y en él un nicho con una estatua mutilada que probablemente habria sido del Dios á quien estaba consagrado

aquel lugar. Por las inmediaciones de esta fuente me paseaba yo todas las tardes hasta que el corto crepúsculo se desvanecía por completo y las plateadas aguas comenzaban á reflejar la luz del lucero vespertino. ¡ Oh ! entonces , cuán dulces emociones me agitaban al volver con paso sosegado á mi habitacion ! El ambiente suave y agradable , las estrellas brillando sobre los bosques del lejano Apenino , las colinas tomando á la vista mayores formas á medida que las sombras se iban sobre ellas estendiendo ; los insectos zumbando al agitar sus alas y hasta el veloz vencejo volando alrededor y por medio de ellos ; la música de la cascada y el chillido del buho , á que la noche prestaba un misterioso encanto ; todo daba armonía á mis pensamientos y alimento á las meditaciones en que dia y noche me ocupaba.

CAPITULO XI.

La victoria.—El ermitaño de la fuente.

No, nunca olvidaré el entusiasmo con que saludé la luz que al fin me iluminó; nunca olvidaré el regocijo, el éxtasis con que ví cumplida la mas grande, la mas fervorosa de las humanas esperanzas, convenciéndome, como si un ángel me lo hubiera anunciado, de que hay una vida mas allá del sepulcro. No se me hable del orgullo satisfecho, de la ambicion, ni de los triunfos de la ciencia; la ambicion nunca tuvo un objeto tan elevado como la inmortalidad; la ciencia nunca consiguió un triunfo tan sublime como la conviccion de que nuestra alma es inmortal. Habia estado estudiando toda la noche, cual pálido alquimista procurando ex-

traer de las mas pequeñas verdades la mas grande de todas. Al primer albor del dia ¡oh! el oro estaba allí; el trabajo por el cual hubiera dejado mi vida estaba terminado. Salí corriendo de la casa; me hallaba como poseido de un espíritu celestial: subí á una colina desde donde se descubrian muchas leguas de extension; una niebla blanquecina me rodeó como un velo; me detuve; el sol se presentó en el horizonte; contemplé su magestad y mi corazon se dilató.—Así se eleva el alma, dije, de los vapores de la materia terrenal; pero el alma no se desvanece ni se ofusca ni conoce otra noche mas que aquella de que nació. La niebla se fué disipando poco á poco, el sol se manifestó en todo su brillo y la naturaleza me mostró su risueña faz. Saludé y adoré el espectáculo que tenia delante; ya lo habia visto otra vez, pero *no era el mis-*

mo; un rayo de gloria habia pasado sobre él y el cambio que la tierra habia experimentado á mis ojos era igual al de la criatura amada que *cuando la muerte pasa, de mortal se convierte en ángel.*

Dí un grito de gozo y despues permanecí en silencio como todo lo que me rodeaba. Experimentaba la misma sensacion que habria experimentado si hubiese hecho un nuevo pacto con la naturaleza; sentia la misma emocion que habria sentido si hubiese visto, los árboles, la yerba dotados de una elocuente voz; me parecia que la religion habiendo penetrado en la tierra habia convertido en oráculos á todos los seres antes inanimados, y que realizándose las antiguas fábulas de Dodona, las mismas hojas de los árboles respiraban santidad y murmuraban verdades.

Pasé todo el dia en la colina, y ya em-

pezaba á anochecer cuando volví. Al llegar cerca de la fuente vi salir las estrellas y reflejarse una por una en las trémulas aguas. Aquella era la hora que mas agradaba á Isora y la que yo consagraba mas particularmente al recuerdo de su amor; pero nunca aquel recuerdo fué para mi corazon un bálsamo tan consolador como entonces; porque seguro de que volvería á unirme á Isora, casi olvidaba el dolor de haberla perdido, pensando en la dicha de nuestra reunion. No me culpeis vosotros los que abrigais esperanzas mas elevadas y sublimes; vosotros cuyo corazon suspira por el Criador y no por las criaturas, no me culpeis por mis deseos, ni creais que mi fé era menos sincera porque á ella se unia el recuerdo indeleble de un ser humano. A veces de nuestra debilidad se originan los mas fuertes principios que sirven de norma á

nuestra conducta, y de la bellota que la brisa hace juguete de las olas suele nacer la encina que desafía á la tempestad.

La profunda investigacion de los principios de los cuales se deduce la inmortalidad del alma, inspira reflexiones de tal naturaleza, pensamientos tan puros y por decirlo así tan etéreos, que no hay hombre que se haya entregado á semejante estudio sin tornarse mejor y mas noble de lo que antes era. Intentaba al principio haber expuesto aquí los argumentos que por un lado me hicieron dudar y los que despues me convencieron; pero no lo hago por muchas razones de las cuales será suficiente decir una sola, y es que una disertacion de tal naturaleza en una biografía como la presente, estaría completamente fuera de su lugar. Tal vez mas adelante explicaré mis opiniones en una obra separada y dejaré á

la posteridad esta obra con las mismas condiciones que la actual.

Un dia fuí favorecido con la visita de uno de los frailes del monasterio inmediato. Despues de algunas generalidades me preguntó si no habia visto al ermitaño de la fuente.—No, le respondí, é iba á añadir que tampoco habia oido hablar de él, pero recuerdo que mis huéspedes me han dicho mas de una vez que es un rígido y austero cenobita.

—Sí, dijo el buen padre: Dios me libre de decir nada contra la práctica de esos santos y piadosos varones que mortifican sus cuerpos resistiendo á todas las tentaciones. Esta es excelente costumbre, y el ermitaño un hombre excelente. ¡Santa María, qué exquisito es ese vino de Hungría que habeis regalado á nuestro padre abad! Me dió á probar un poco anteayer porque tenia cierto dolor en los riñones,

y me sentó como por mano de santo. ¿Creeis, hijo mio, que trasladado aquí ese vino no habrá perdido ninguna de sus cualidades como no las ha perdido trasladado á la celda del abad?

—Padre, no tengo aquí de ese vino; pero mis huéspedes tienen algunos frascos de otro mejor que el ordinario, y os dignareis probarle en vez del de Hungria.

—¡Oh! dijo el fraile suspirando, mucho me duelen los riñones; veremos, puede ser que ese vino me alivie.

Mandé traer el vino.—No es de tan exquisita calidad como el que enviásteis á nuestro reverendo padre, dijo el fraile limpiándose los labios con su larga manga. Hungria debe de ser un pais delicioso. ¿Está lejos de aquí? Está lindando con los hereges..... perdonad, con el continente de Inglaterra, ¿no es así?

—No enteramente, padre; pero cual-

quiera que sea su situacion geográfica, es un gran pais.... para los que gusten de él. Y ahora decidme algo de ese ermitaño de la fuente. ¿Cuánto tiempo hace que vino aquí? ¿cómo fué el establecerse en estos sitios? ¿de qué pais es? ¿no sabeis nada acerca de su origen?

—Muchas preguntas me haceis á la vez, hijo mio. La patria de ese santo varon es un misterio para todos nosotros. Habla el idioma toscano bien, pero con acento extranjero.... Aunque el vino no es de Hungria, tiene un sabor agradable, y es estraño que nuestros huéspedes le hayan ocultado tan cuidadosamente sin dejar participar de él á sus piadosos hermanos del monasterio.

—¿Y cuánto tiempo hace que vive ese ermitaño en las cercanías?

—Cerca de ocho años, hijo mio. Llegó al convento una tarde de invierno en tra-

je de viajero, y pidió hospitalidad y abrigo por aquella noche que era fría y tempestuosa. Estuvo con nosotros unos cuantos días, y tuvo algunas conferencias con nuestro padre abad. Una mañana, después de haber recorrido las inmediaciones mirando las piedras viejas y las ruinas, según costumbre de los viajeros, volvió, echó en nuestro cepillo algunas limosnas, y dos días después apareció en el sitio que ahora habita y en el traje que lleva.

—¿Y qué sitio y qué traje son esos, padre mío?

—¡Bendito San Francisco! exclamó el padre con tono de sorpresa tan estremado, que al principio creí que se refería al vino, ¡bendito San Francisco! ¿no habéis visto todavía la fuente?

—No padre, á no ser que hableis de la que está á poco más de una milla de distancia.

— ¡Ta , ta , ta ! dijo el buen fraile , ¡qué ignorantes son estos viajeros ! Pretenden saber de qué son las sandalias del Preste Juan , y haber entrado hasta la alcoba del *Pagoda* de China ; y sin embargo , cuando uno les sondea se encuentra con que están tan ignorantes de lo que todos saben como un inglés de lo que dice el misal . Hasta los tontos de todos los países han oído hablar de la sagrada fuente de San Francisco , situada exactamente á dos millas de nuestro famoso convento ; y no hay tonto por estas inmediaciones que no la haya visto .

— Lo que los tontos , padre mio , aquí ó en otra parte pueden haber oído ó visto , yo que ostensiblemente no pertenezco á tan ilustre gremio , no puedo jactarme de saberlo ; pero estad seguro de que la sagrada fuente de San Francisco me es tan desconocida como lo es para vos el *Pagoda*

de la China, á quien Dios bendiga.

Al oír esto el sábio fraile, despues de manifestar su admiracion, se ofreció á enseñarme la fuente ; yo pensando que si aceptaba la oferta me libraría de él mas pronto, y deseando tambien ver al abad, que habia recibido varios libros para mí, accedí á la invitacion.

La fuente, segun dijo el fraile, no distaba una milla del camino ordinario del monasterio ; así, luego que *concluimos* el frasco de vino, emprendimos nuestra expedicion, el padre en un asno fuerte y magestuoso, y yo á pie.

El abad, al concederme su amistad y proteccion, me habia dicho que no era yo el único extranjero á quien favorecia en el retiro, y habia hablado del ermitaño de la fuente pintándole como un ser estraño y singular que pasaba su vida mortificándose, inofensivo con los demas,

y solo cruel consigo mismo. Mis huéspedes en las diversas conversaciones que habia tenido con ellos me habian confirmado esta historia, pues tenian sumo placer en hablar del solitario, y por ellos supe muchas anécdotas relativas á su caridad con los pobres y con los enfermos. Todas estas circunstancias se me ocurrieron mientras el fraile daba rienda suelta á su locuacidad sobre el asunto, y al fin se despertó en mí cierta especie de curiosidad de ver á mi compañero de reclusion.

Supe tambien por el fraile que el empleo de ermitaño de la fuente habia sido servido por otros anacoretas antes que el actual. La fuente era uno de esos manantiales en que abundan los paises católicos, y á los cuales las leyendas y tradiciones atribuyen cierta santidad. Dos veces al año, una en la primavera y otra en el otoño, los aldeanos de los lugares inme-

diatos acudian allí en un dia señalado á beber de aquella agua para curar sus dolencias; y como probablemente la fuente tendria propiedades medicinales, se habian curado algunas personas especialmente de aquellas, que mas piadosas y de fé mas viva, no tomaban el agua dos veces cada año, sino constantemente y en todo tiempo. Así el dudar de su santidad era considerado como heregía.

Cerca de la fuente habia una caverna que no sé si en su principio sería natural ó artificial; pero en la cual se habia construido por entonces una cómoda habitacion y allí desde tiempo inmemorial vivia una persona destinada á distribuir y bendecir el agua, á ser bien mantenida por los habitantes de los pueblos inmediatos, á llevar una larga sotana ó balandran de sayal y á ser llamado el ermitaño de la fuente. Tan luego como moría un anaco-

reta se presentaban muchos candidatos deseosos de ocupar la vacante, porque en efecto el destino era descansado, provechoso y honorífico. La eleccion de estos candidatos dependia siempre del superior del vecino monasterio, y no es imposible que el digno padre tomase un buen tanto por ciento de los beneficios que anualmente producia al elegido el destino junto con su poderosa proteccion.

El antiguo ermitaño acababa de morir cuando el viajero de que me hablaba el fraile llegó al convento, y solicitó ser nombrado para sustituirle en su piadoso ejercicio. El nuevo ermitaño parecia de caracter totalmente diferente del que habian mostrado los primeros habitantes de la ermita. Aceptaba, es verdad, los donativos que periódicamente le dejaban sobre una gran piedra entre la ermita y la fuente, pero distribuia entre los donan-

tes limosnas de mas valor que sus donativos. No entraba en ninguna aldea con el asno y las alforjas para con pretesto de santidad sacar á los habitantes parte del fruto de su trabajo; el labrador que casualmente se detenia en las altas horas de la noche cerca de la ermita nunca oia canciones profanas; mi guia el fraile se quejaba amargamente de su carácter insociable y no pudo referirme ni siquiera una historia de ninfas consoladoras ó damiselas visitantes.

—¿Lee mucho? dije con el interés de un aficionado á la lectura.

—No, contestó el fraile; he tenido ocasion muchas veces de entrar en su habitacion y he examinado con atencion todo lo que tenia; porque, gracias al Señor, puedo preciarme de un talento observador poco comun; pero no he visto allí ningun libro, escepto un misal y un testamento en latin ó en griego, no sé exactamente en

cual de las dos lenguas. Y es tan negligente y tan poco instruido el santo varon, que no ha querido que le prestase ni aun la vida de San Francisco, á pesar de las muchas y muy buenas estampas que tiene, sin contar con las innumerables historias entretenidas y sorprendentes que en ella se refieren.

Mas hubiera dicho el fraile sobre este punto si no hubiésemos entrado en un bosque sombrío y espeso, por el cual atravesaba una senda tan estrecha, que no era posible pasar los dos de frente; las ramas de los árboles que se estendian sobre nuestras cabezas estaban tan confusamente entrelazadas, que la luz apenas, y solo en algunos puntos, podia penetrar hasta nosotros.

—Este es el bosque, dijo el fraile santiguándose, donde sucedió á San Francisco la maravillosa aventura que os contaré otro dia con extension.

—Supongo que ya no nos faltará mucho para la fuente, dije yo.

—Aquí la tenemos, contestó el fraile.

En efecto á cincuenta varas mas allá, el sendero terminaba en un espacio circular de verde cespced, en medio del cual habia un pequeño y cuadrado edificio de piedra, de forma sencilla, pero no falto de elegancia, y evidentemente de grande antigüedad. A uno de los lados tenia una manecilla de hierro destinada á sacar el agua, que caia en una fuente de piedra á la cual estaba atada con una fuerte cadena una copa de hierro. Sobre el pilon estaba grabada una inscripcion en latin frailuno, invitando al pasajero á detenerse y beber, y diciendo que lo que el agua era para el cuerpo, era la fé para el alma. Cerca de la cisterna habia un asiento tosco formado del tronco de un árbol. La puerta de la arca de agua era

de hierro y estaba asegurada con cadena y candado; tal vez la bomba que servia para sacar el sagrado líquido estaba dispuesta de tal modo que solo podia sacarse de una vez cierta cantidad de él, no pudiendo por tanto los pasajeros beber *ad libitum* y privar al anacoreta de su oficio y de su beneficio.

Era aquel un lugar extraño, solitario y agreste con su plazuela verde y redonda como una sortija, con sus árboles grandes, espesos y unidos que le circundaban como una muralla, con su solitario y ceniciento edificio en el centro, sorprendiendo la vista con lo súbito de su aparición y con el contraste que sus pálidos colores formaban con el verde oscuro de los árboles y cespced que le rodeaban.

Tomé una copa de agua, que era fria é insípida, y recordé al fraile su dolor de riñones, para el cual acaso sería eficaz

un trago de aquel líquido; á esto me respondió que en efecto pensaba otro dia probar la bondad de aquel remedio, pero que entonces el vino que habia bebido podria destruir sus divinas cualidades. Dicho esto, mudó de conversacion, invitándome á seguirle á la ermita.

En el camino me señaló un anecho trozo de roca diciéndome que el agua me haría mal en vez de bien si me olvidaba de remunerar al ermitaño. Comprendí la insinuacion, y dejé una moneda de plata en la piedra.

A poco de haber andado por el bosque llegamos á una colina cubierta de árboles, en cuya falda habia una gruesa puerta de piedra que daba entrada á la cueva del anacoreta. El fraile dió tres golpes, pero nadie respondió.—El santo varon no está en casa, dijo, volvámonos.

Así lo hicimos, y el fraile quedándo-

se atrás logró, según él creía sin ser visto, dejar la piedra tan limpia como la habíamos hallado. Después tomando otro sendero del bosque llegamos en breve al convento. No perdí la ocasión de preguntar al abad respecto al ermitaño, y supe de él pocos más pormenores de los que ya he referido. Solamente al concluir su historia me dijo :

—No me queda duda de que ese ermitaño es, como vos, persona de categoría; su aspecto y sus maneras así lo indican. Ha dado y dá anualmente grandes cantidades para el convento, y si recibe los donativos de los piadosos aldeanos, es solo por seguir mi consejo y por no despertar sospechas. Si se le creyese rico, podría excitar la codicia, y todavía hay demasiadas manos atrevidas y demasiados puñales aguzados en el país para que pueda impunemente esponerse la riqueza á tal peligro.

Quien quiera que sea, porque no me ha confiado su secreto, no dudo que está haciendo penitencia de algun gran pecado, y sea este el que fuere, sospecho que pronto terminará el castigo que ha de recibir en este mundo, pues el ermitaño es de débil constitucion, y cada año se vá consumiendo mas; la última vez que le ví, hace tres dias, quedé sorprendido al notar los estragos que la enfermedad ó la penitencia habian hecho en él. La muerte ha impreso distintamente su sello en aquel semblante.

— ¡Pobre hombre! ¿No sabeis siquiera á quién hay que dar noticia de su muerte cuando suceda?

— No; pero la última vez que le ví me dijo que conocia que se iba acercando su fin, y que no moriría sin molestarme con una nueva súplica.

Despues el abad me habló de otras materias y terminó mi visita.

Interesado en la suerte del recluso más profundamente de lo que yo creía, me dirigí á casa tomando insensiblemente el sendero que pasaba por la ermita. No resistí al impulso ; pero caminé de prisa á la luz del crepúsculo , hasta que llegué á la fuente. Al salir del bosque me detuve con un movimiento involuntario , y retrocedí algunos pasos. Una figura, cubierta desde la cabeza hasta los pies con una túnica negra, se hallaba sentada en el tosco asiento inmediato á la fuente ; pero tan silenciosa, tan inmóvil, que llegando á aquel punto de improviso, su vista, su traje lúgubre y su absoluta inmovilidad sobresaltaban el corazón. El sombrero ancho y de grandes alas que completaba el traje yacía á su lado en tierra , y el rostro levantado hacia el cielo, parecía aspirar el suave ambiente del sosegado firmamento. Me apro-

ximé algunos pasos, y ví el perfil de su cara. Era de blancura marmórea, y de facciones, aunque aguzadas y alteradas por la enfermedad, maravillosamente hermosas; su largo cabello caía en bucles perfectos á los dos lados del rostro; tenia la boca cerrada, y desde sus extremos á las ventanas de la nariz estaban marcadas dos arrugas ó mas bien dos surcos profundos. Su barba era tan negra como el pelo, no muy larga, pero descuidada; y la mano que caía sobre la oscura túnica parecia tan delgada y transparente, que el que la hubiese visto habria creído que hasta la pálida luz de una estrella podia atravesar por ella. No dudé que aquel hombre era el ermitaño, y me acerqué á él.

—Vuestra bendicion, padre mio, y vuestro permiso para probar esta agua saludable.

A pesar de mi repentina aparicion , y de no haber reparado en mí hasta que me oyó hablar, el ermitaño no dió la menor señal de sorpresa. Volvió lentamente el rostro , me dirigió una mirada de indiferencia, y dijo en voz baja y suave.

—Yo os bendigo , extranjero ; ahí tenéis agua en la cisterna , bebed , y ojalá os sirva de alivio.

Metí la copa en el pilon , y saqué un poco de agua. En la voz y tono del desconocido , mi oído acostumbrado á dialectos de muchas naciones , reconoció el acento inglés ; resolví por tanto hablarle en mi lengua natal mas bien que en italiano , como le habia hablado al principio.

—El agua es refrigerante , dije ; ¡ojalá, padre mio , que pudiera curar una enfermedad mas profunda que los males de la

carne! ¡pugliese al cielo que pudiera calmar la fiebre del corazon ó lavar del alma fatigada el polvo con que la cubren los trabajos de este mundo!

El ermitaño entonces manifestó cierta sorpresa; pero fué leve y momentánea; me miró mas atentamente que antes, y dijo despues de un rato de silencio:

—¡Un paisano mio y en este sitio! No penetran muy á menudo los ingleses en parages donde no hay ostentosa celebridad que puede saciar su curiosidad ó lisonjear su orgullo. ¡Un paisano mio! tal vez es fortuna para mí el que haya venido. Sí, dijo despues de una corta pausa, sí, ¡pugliese al cielo que tuviese la tierra una fuente para las heridas enconadas y terribles del alma!

—La tierra tiene olvido, padre, si no remedio para ellas.

—¡Es falso! gritó el ermitaño con

acento apasionado y levantándose bruscamente de su sitio; la tierra no tiene olvido que ofrecer á las heridas del alma. ¿Es el sepulcro ese olvido? No, no, *no hay sepulcro para el alma*. La muerte pasa, la carne se corrompe; pero la memoria no pasa, no se marchita. De siglo en siglo, de mundo en mundo, por toda la creacion, por toda la eternidad se perpetúa la maldicion, el *infierno*.

Si me admiró mucho el tono vehementemente con que pronunció estas palabras el ermitaño, todavía me sorprendió mas la expresion de angustia y dolor que noté en su rostro.

—Padre mio, dije, perdonadme si he tocado alguna cuerda dolorosa de vuestro corazon. Tambien el mio tiene algunas que si un desconocido las tocase me haría experimentar crueles tormentos; por eso quisiera que me dijéreis algunas pala-

bras que me consolaran y fortalecieran.

El ermitaño se acercó á mí, puso su delgada mano sobre mi brazo, y me estuvo mirando fijamente un largo espacio. Entonces sospeché una cosa, de cuya exactitud me convencí despues, y era que el ermitaño tenia accesos de locura. Lo vago de sus miradas y la expresion de sus facciones daban de ello claros indicios.

—Hermano y semejante mio, dijo con voz triste, ¿es verdad que tú tambien has padecido y que te conmueve el recuerdo de los padecimientos? Entonces somos amigos. Si has padecido tanto como yo, me arrodillaré á tus pies y te rendiré homenaje como á un ser superior, porque el dolor tiene sus categorías, y á veces creo que nadie ha llegado en él á la altura que yo. Sin embargo, vuestro aspecto no denota que hayais pasado noches enteras de delirio y dias

en que el corazon yace dentro del pecho como un cuerpo animado puede yacer dentro de un sepulcro, sintiendo el gusano que le roe y la corrupcion que le acomete, é incapaz no obstante de resistirse ni de moverse. Vuestras mejillas son flacas, pero de buen color; vuestras miradas son altivas y brillantes; pareceis uno de esos hombres que han frecuentado la sociedad del mundo y luchado y no sido vencidos. ¡Padecer! ¡no, vos no habeis padecido!

—Padre mio, no es en el rostro donde el destino graba sus recuerdos. Es verdad que he luchado con mis semejantes, y si las riquezas y los honores han de ser considerados como premio, puedo añadir que no he luchado en vano; pero no he combatido con la afliccion con igual fortuna; y si la pasion es un tormento y la muerte de la persona amada es una pér-

dida, no tiene que envidiarme el mas desgraciado por lo que he padecido.

De nuevo se demudó horriblemente el rostro del ermitaño ; asióme del brazo con vehemencia , y dijo.—Hablais de mis propias penas ; habeis sufrido los mismos dolores.... Quiero veros otro dia.... Vos podeis ejecutar mi última voluntad mejor que un monje desconocido... ¿Puedo fiarme de vos? Si en efecto habeis conocido la desgracia, creo poder fiarme... sí, sí, aun para confesaros..... ; Poderoso Dios ! ; Dios clemente ! ¿ qué iba yo á decir ? ¿ qué iba yo á revelar ?

De repente cambió de tono , soltó mi brazo y dijo tocándose la frente con ademán significativo y tranquila sonrisa.—Decís que sois mi rival en desgracia. ¿Habeis sentido subir hasta *aquí* la rabia y la desesperacion ? Yo mismo me admiro de hallarme tan tranquilo ahora cuando

tantos tormentos y un fuego tan abrasador me consumen en semejantes ocasiones.

—Si hay alguna cosa que pueda calmar vuestro dolor y que pueda hacer un hombre honrado á quien lo mismo le dá recorrer un pais que otro , decidla y yo me ofrezco á satisfacer vuestros deseos.

—Os agradezco , hijo mio , dijo el ermitaño recobrando su primitiva melancolía y su aire de dignidad ; el tono de vuestra voz no me es enteramente desconocido. ¿ Vivís cerca de aquí ?

—En el valle, á cuatro millas de distancia ; soy como vos un fugitivo del mundo.

—Venid , pues , á verme mañana á la tarde, mañana. No, es dia de fiesta y debo pasarle en penitencia y oracion. Venid pasado mañana al anochecer. Entonces estaré dispuesto , y habré tenido acerca de vos mas noticias de las que ahora

tengo. Dios os bendiga, hijo mio : adios.

—Aguardad, padre, ¿no quereis que os acompañe hasta la ermita ?

—No; mis piernas están débiles, pero todavia me pueden llevar hasta esa morada, mientras llega el dia en que de ella me lleven á la última. Adios, ya es de noche, y estas soledades no son seguras. Pasado mañana al ponerse el sol nos veremos.

Esto diciendo hizo con la mano un ademan de despedida, y se retiró; yo me quedé observándole hasta que los árboles me le ocultaron enteramente. Volví á mi casa, á donde llegué sin tropiezo alguno; pero no me retiré á descansar; apoderose de mí la sospecha, ó mas bien el presentimiento invencible de que el hombre desfigurado y decaido que habia visto era una persona de quien hacia mucho tiempo estaba separado, y cuya muerte habia tenido hasta entonces por cierta.

—¿Puede ser fundada esta sospecha? me decia yo á mí mismo. ¿Puede el dolor, puede la angustia de los recuerdos producir tan espantoso cambio, y esto en un hombre como él en quien las pasiones y el pecado, si existian, parecian solamente en germen y en germen demasiado débil para dar frutos? Además, ¿no me hubiera reconocido? ¿no era su memoria mas feliz que la mia? ¿Estoy tan cambiado que habiéndome mirado tan fijamente no ha podido conocerme? Impulsado por este pensamiento, tomé la luz y la acerqué á un espejo que tenia en mi alcoba, recordando al mismo tiempo las facciones que me distinguian en mi primera juventud.—No, dije dando un suspiro, no hay nada en este rostro que él pueda reconocer.

Y decia bien; porque mis facciones, antes pequeñas y delicadas, se habian vuel-

to largas y prominentes. A los rizos que me adornaban cuando jóven (porque solamente en las grandes ocasiones habia consentido mi vanidad en adoptar la moda del dia), habia sustituido un cabello corto y crespo; los matices ya pálidos, ya sonrosados que los sueños de la juventud habian dado á mis mejillas, se habian trasformado en el color bronceado é inmutable de la virilidad; el labio superior antes limpio y la barba lampiña se habian cubierto de espeso pelo; y la ardiente é inquieta espresion de la juventud se habia convertido en la tranquila actitud del hombre acostumbrado á ocultar sus emociones, y en quien muchos y diversos acontecimientos no han dejado permanente de sus antiguas cualidades de jóven mas que su habitual resolucion. Tambien mi cuerpo, antes de formas casi femeniles se habia hecho duro y musculoso, de mo-

do que en mi aire de extranjero , mirada tranquila y atléticas formas mi misma madre no hubiera reconocido el cuerpo endeble y la movilidad de espresion del muchacho que en otro tiempo habia visto. La espresion sarcástica de mis miradas habia desaparecido ; las fáciles lecciones del mundo me habian enseñado á cubrir la malignidad interior con los adornos exteriores de una rígida compostura.

He notado una cosa en otros, que en mí debia ser mas notada, á saber; que hay pocos hombres de los que frecuentan la corte y se mezclan en proyectos políticos, que conserven el acento primitivo de su voz. La voz del jóven es modulada por la naturaleza y espresa las pasiones del momento; la del hombre maduro espresa mas bien la ocupacion ordinaria de su vida. Ya trate de persuadir, ya de agradar ó de mandar , su voz toma invariablemente el

tono que de ordinario emplea ; y como la persuasion es el medio que mas comunmente se usa en las relaciones de los hombres entre sí, especialmente en las regiones de la corte, por eso lo mas comun es que se revista la voz del tono de aparente blandura y sumisa insinuacion que es mas adecuado al objeto ; esta entonacion artificial, continuada por largo tiempo, llega á hacerse natural y destruye el primitivo acento. El cambio habia sido grande en mí, porque en el tiempo que me sirve de punto de comparacion, mi voz, todavia indecisa, luchaba entre los acentos de la juventud y de la adolescencia ; de modo que ni aun por ella podia reconocerme el que no me hubiese visto desde entonces, y solo un sonido casual y raro podia haber producido el leve y confuso reconocimiento que el ermitaño habia confesado.

Perdóneseme el haber hablado tanto de mí mismo, pues la naturaleza de esta historia así lo requiere.

¡Con cuánta impaciencia esperé que llegase la hora de la entrevista con el ermitaño! Sin embargo antes de que llegase, en la tarde del siguiente día, me sorprendió no poco la visita del P. Anselmo que no acostumbraba á honrarme muchas veces con su presencia en mi casa. Venia acompañado de dos frailes mendicantes de su órden, que traian un cesto de bastante magnitud, el cual, segun mi huésped me dijo despues llorando, volvió mas cargado que habia venido, á consecuencia de haberse puesto en él ciertos *receptáculos* del esquisito vino que la buena mujer con indiscreta generosidad habia sacado el dia antes.

El abad venia á participarme que el ermitaño habia estado á verle aquella

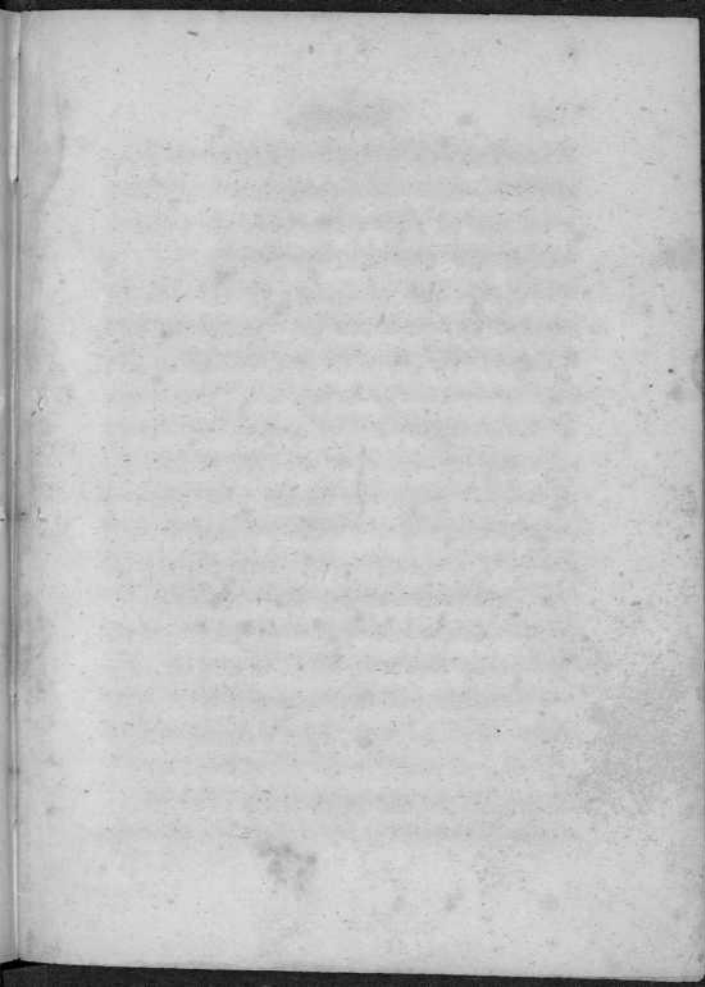
mañana y le habia heho muchas preguntas respecto á mí.—Contestele, añadió, que sabia vuestro nombre y vuestro origen, pero que habia prometido solemnemente no revelar este secreto sin vuestro permiso; y ahora vengo, hijo mio, á saber si consentis en que lo revele al ermitaño.

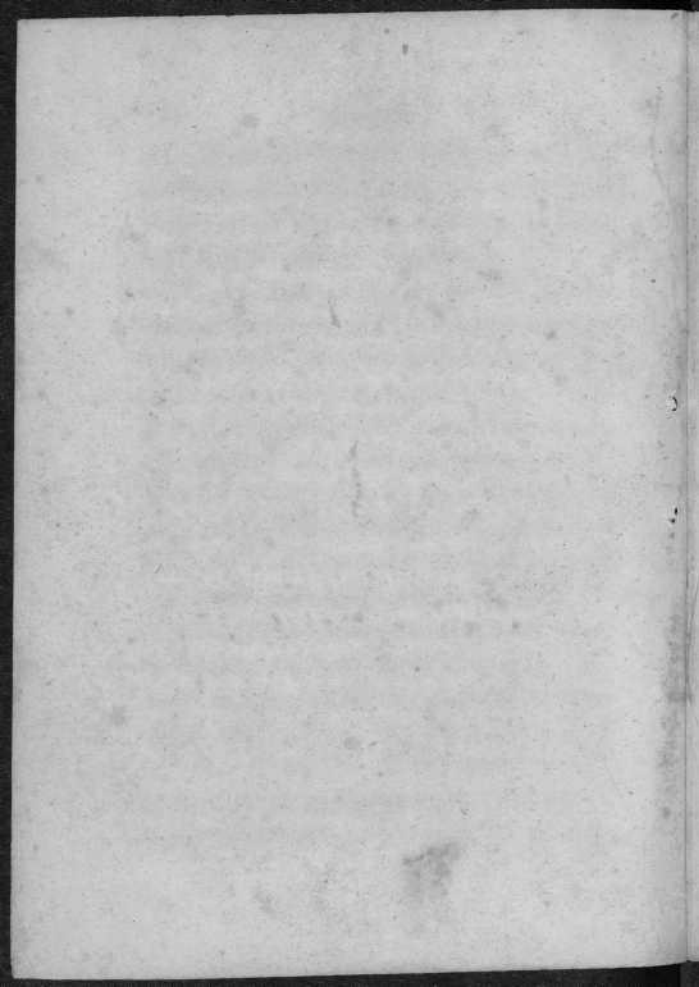
—De ningun modo, padre, dije con vehemencia; y no quedé tranquilo hasta que el abad me renovó solemnemente su promesa. Esto pareció que le desconsolaba un tanto; sin duda el ermitaño le habia ofrecido alguna recompensa por mi secreto; pero como yo sabia que á pesar de su avaricia el P. Anselmo era hombre de su palabra, no tuve el menor recelo de que faltase á ella. Vile marchar con gran satisfaccion y me abismé de nuevo en conjeturas respecto al cenobita.

En la tarde siguiente, antes de salir

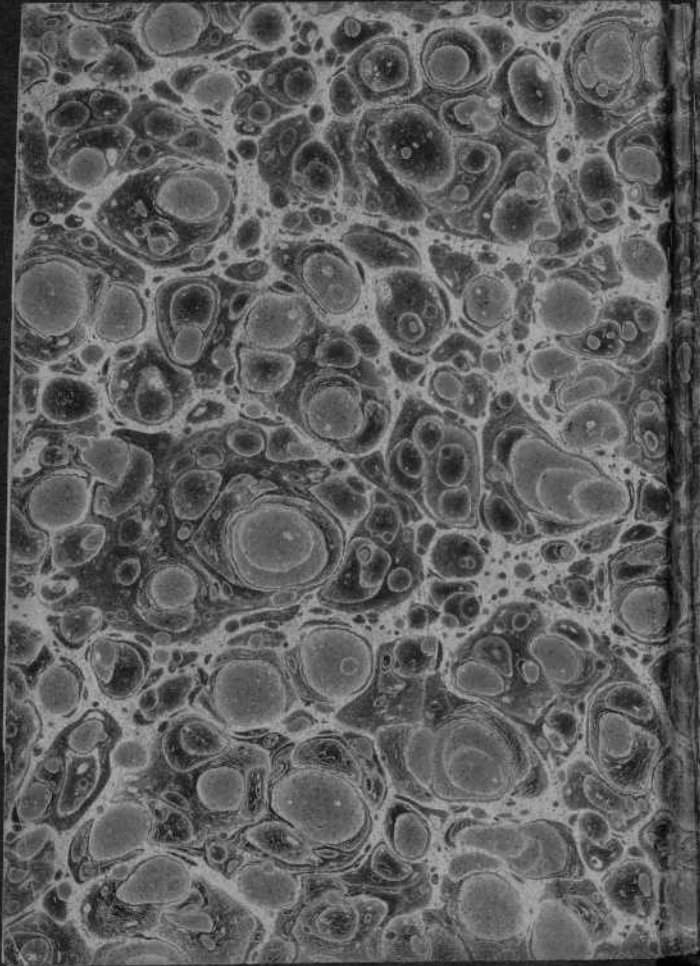
para ver al ermitaño , puse especial cuidado en disfrazarme bien. Con un traje ancho y de tela tosca y un alto sombrero de piel , logré perfectamente mi objeto. Al marchar dirigí una mirada al espejo y dije para mí.—Si en efecto son ciertas mis sospechas respecto á la identidad del anacoreta , creo que el tiempo y este traje me han puesto suficientemente desconocido. Tendré cuidado con las palabras y con el tono de mi voz hasta que , si lo que pienso se verifica , llegue el momento de descubrirme. Pero ¡plegue á Dios que mi sospecha no tenga fundamento! ¡Hallarle en tal estado y despues de tantos años de ausencia! No ; todavia quiero dudar... De todos modos hoy saldré de la incertidumbre.

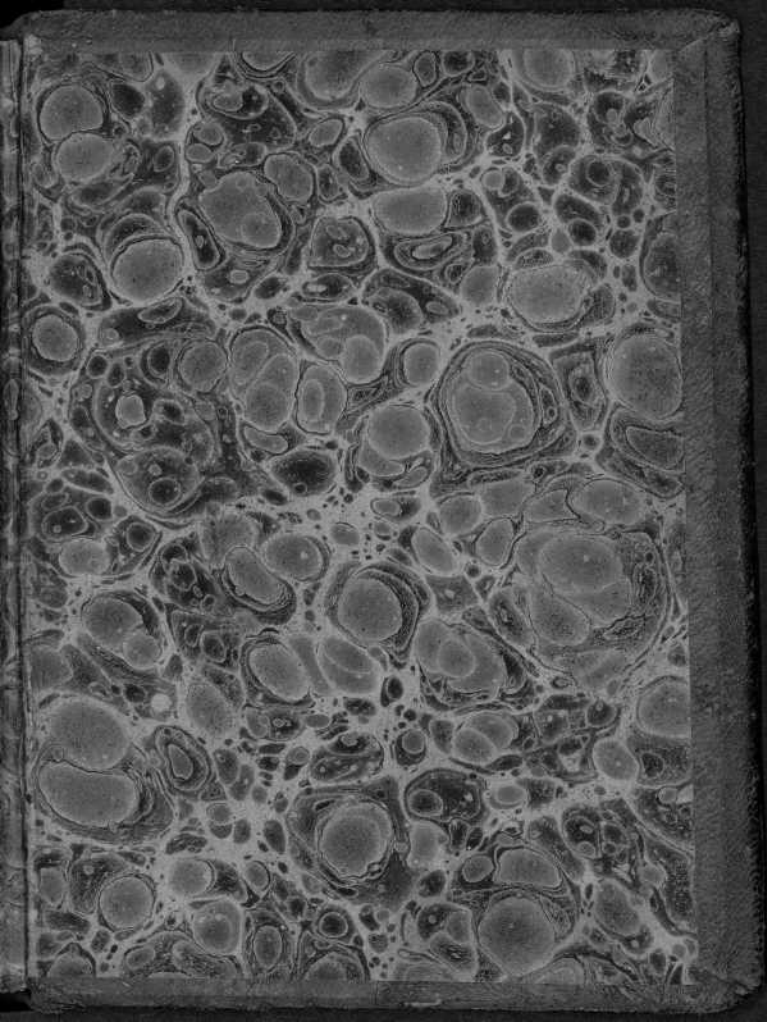
parte del camino, pero espaldas que
 da al cielo y al mar, y en el
 de la, y en el camino que
 Al primer punto me senté y
 con él me quedé en un
 una posición que me hizo
 amables, pero que el tiempo y
 lo me que me sentí como
 noche. Tenía en la mano
 y con el que me quedé en
 que había en el, y que el
 de las cosas que me quedé en
 mi posición me quedé en
 estado en el camino, y
 nos en camino, y en el
 que me quedé en el camino
 que me quedé en el camino
 que me quedé en el camino













16

6.4000



DEVEREU

1874

1874

